

Cinco niñas se juntan, en secreto, a jugar a la ouija. Los espíritus están atentos, esperando su turno. Afuera, la historia de Argentina, la calle, el ruido y los desaparecidos que, de pronto, se comunican con las niñas en medio del juego. Es la primera historia de este libro, un relato de fantasmas, presencias extrañas que ellas, las niñas, no podrán olvidar.

Hay más. Otras niñas que aparecen en el metro con sus rostros y cuerpos quemados. Son una secta, cada vez más y más mujeres que arden. Como un rumor que recorre la ciudad y que, en otra de las historias, serán también niños que llevan meses, años, desaparecidos: un día salieron de casa y no volvieron. Niños que deambulan por los parques de una ciudad fantasmagórica, que a ratos no se parece a Buenos Aires, pero lo es. Niños que engrosan las listas de gente perdida y que un día, inesperadamente, deciden volver. A sus casas. A sus vidas. A sus familias, que los reciben felices, pero que de pronto se dan cuenta de que algo no está bien. Algo cambió ya para siempre.

Cuando hablábamos con los muertos recopila tres historias de Mariana Enriquez, una de las narradoras imprescindibles de la literatura argentina actual, y que en este libro ofrece una muestra admirable de sus mejores recursos, los que llevan al lector a transitar los terrenos de la intriga, la ternura, la risa y el espanto.

ISBN: 978-956-9398-00-1

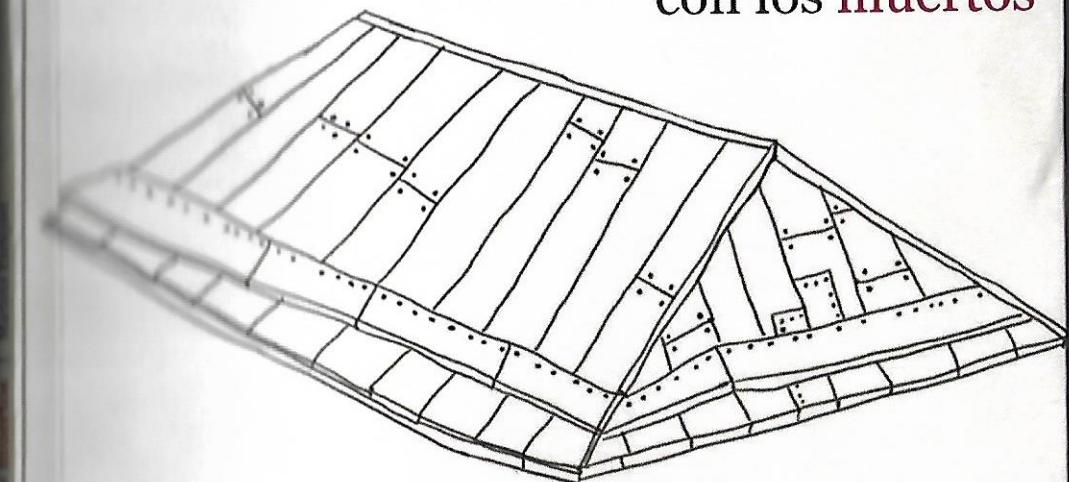


9 789569 398001

Montacordos

Mariana Enriquez

Cuando hablábamos con los muertos



Cuando hablábamos con los muertos
 Mariana Enríquez

© Mariana Enríquez, 2013
© Eduvim (Editorial Universitaria Villa María)
para la obra "Chicos que vuelven", 2011
© Montacerdos ediciones, 2013

Diseño: Paula Navarrete y Ricardo Cuevas
Ilustración: Paula Navarrete

Primera edición: noviembre de 2013
ISBN 978-956-9398-00-1

Montacerdos ediciones
José Manuel Infante 3286
Santiago de Chile
www.montacerdos.cl

Impreso en Chile por Larrea Marca Digital

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización
de los editores, la reproducción total o parcial de esta obra por
cualquier medio o procedimiento.

Cuando hablábamos con los muertos

A esa edad suena música en la cabeza, todo el tiempo, como si transmitiera una radio en la nuca, bajo el cráneo. Esa música un día empieza a bajar de volumen o sencillamente se detiene. Cuando eso pasa, uno deja de ser adolescente. Pero no era el caso, ni de cerca, de la época en que hablábamos con los muertos. Entonces la música estaba a todo volumen y sonaba como Slayer, *Reign in Blood*.

Empezamos con la copa en casa de la Polaca, encerradas en su pieza. Teníamos que hacerlo en secreto porque Mara, la hermana de la Polaca, le tenía miedo a los fantasmas y a los espíritus, le tenía miedo a todo, bah, era una pendeja estúpida. Y teníamos que hacerlo de día, por la hermana en cuestión y porque la Polaca tenía mucha familia, todos se acostaban temprano, y lo de la copa no le gustaba a ninguno porque eran recontra católicos,

de ir a misa y rezar el rosario. La única con onda de esa familia era la Polaca, y ella había conseguido una tabla ouija tremenda, que venía como oferta especial con unos suplementos sobre magia, brujería y hechos inexplicables que se llamaban *El Mundo de lo Oculto*, que se vendían en kioscos de revistas y se podían encuadernar. La ouija ya la habían regalado varias veces con los fascículos, pero siempre se agotaba antes de que cualquiera de nosotras pudiera juntar el dinero para comprarla. Hasta que la Polaca se tomó las cosas en serio, ahorró, y ahí estábamos con nuestra preciosa tabla, que tenía los números y las letras en gris, fondo rojo y unos dibujos muy satánicos y místicos, todo alrededor del círculo central. Siempre nos juntábamos cinco: yo, Julita, la Pinocha (le decíamos así porque era de madera, la más bestia en la escuela, no porque tuviera nariz grande), la Polaca y Nadia. Las cinco fumábamos, así que a veces la copa parecía flotar en humo cuando jugábamos, y le dejábamos la habitación apestando a la Polaca y su hermana. Para colmo cuando empezamos con la copa era invierno, así que no podíamos abrir las ventanas porque nos cagábamos de frío.

Así, encerradas entre humo y con la copa totalmente enloquecida nos encontró Dalila, la madre de la Polaca, y nos sacó a patadas. Yo pude recuperar la tabla —y me la quedé desde entonces— y Julita evitó que se partiera la copa, lo cual hubiera sido un desastre para la pobre Polaca y su familia, porque el muerto con el que estábamos hablando justo en ese momento parecía malísimo, hasta había dicho que no era un muerto-espíritu, nos había dicho que era un ángel caído. Igual, a esa altura, ya sabía-

mos que los espíritus eran muy mentirosos y mañosos, y no nos asustaban más con trucos berretas, como que adivinaran cumpleaños o segundos nombres de abuelos. Las cinco nos juramos con sangre —pinchándonos el dedo con una aguja— que ninguna movía la copa, y yo confiaba en que era así. Yo no la movía, nunca la moví, y creo de verdad que mis amigas tampoco. Al principio, a la copa siempre le costaba arrancar, pero cuando tomaba envión parecía que había un imán que la unía a nuestros dedos, ni la teníamos que tocar, jamás la empujábamos, ni siquiera apoyábamos un poco el dedo; se deslizaba sobre los dibujos místicos y las letras tan rápido que a veces ni hacíamos tiempo de anotar las respuestas a las preguntas (una de nosotras, siempre, era la que tomaba nota) en el cuaderno especial que teníamos para eso.

Cuando nos descubrió la loca de la madre de la Polaca (que nos acusó de satánicas y putas, y habló con nuestros padres: fue un garronazo) tuvimos que parar un poco con el juego, porque se hacía difícil encontrar otro lugar donde seguir. En mi casa, imposible: mi mamá estaba enferma en esa época, y no quería a nadie en casa, apenas nos aguantaba a la abuela y a mí; directamente me mataba si traía compañeras de la escuela. En lo de Julita no daba porque el departamento donde vivía con sus abuelos y su hermanito tenía un solo ambiente, lo dividían con un ropero para que hubiera dos piezas, digamos, pero era ese espacio solo, sin intimidad para nada, después quedaban solamente la cocina y el baño, y un balcóncito lleno de plantas de aloe vera y coronas de Cristo, imposible por donde se lo mirara. Lo de Nadia era im-

possible porque quedaba en la villa: las otras cuatro no vivíamos en barrios muy copados, pero nuestros padres no nos iban a dejar ni en pedo pasar la noche en la villa, para ellos era demasiado. Nos podríamos haber escapado sin decirles, pero la verdad es que también nos daba un poco de miedo ir. Nadia, además, no nos mentía: nos contaba que era muy brava la villa, y que ella se quería ir lo antes que pudiera, porque estaba harta de escuchar los tiros a la noche y los gritos de los guachos re pasados, y de que la gente tuviera miedo de visitarla.

Quedaba nomás lo de la Pinocha. El único problema con su casa era que quedaba muy lejos, había que tomar dos colectivos, y convencer a nuestros viejos de que nos dejaran ir hasta allá, a la loma del orto. Pero lo logramos. Los padres de la Pinocha no daban bola, así que en su casa no corríamos el riesgo de que nos sacaran a patadas hablando de Dios. Y la Pinocha tenía su propia habitación, porque sus hermanas ya se habían ido de la casa.

Por fin una noche de verano las cuatro conseguimos el permiso y nos fuimos hasta lo de la Pinocha. Era lejos de verdad, la calle donde quedaba su casa no estaba asfaltada y había una zanja al lado de la vereda. Tardamos como dos horas en llegar. Pero cuando llegamos, en seguida nos dimos cuenta que era la mejor idea del mundo haberse mandado hasta allá. La pieza de la Pinocha era muy grande, había una cama matrimonial y cuchetas: nos podríamos acomodar las cinco para dormir sin problema. Era una casa fea porque todavía estaba en construcción, con el revoque sin pintar, las bombitas

colgando de los feos cables negros, sin lámparas, el piso de cemento nomás, sin azulejos ni madera ni nada. Pero era muy grande, tenía terraza y fondo con parrilla, y era mucho mejor que cualquiera de nuestras casas. Vivir tan lejos no estaba bueno, pero si era para tener una casa así, aunque estuviera incompleta, valía la pena. Allá afuera, lejos de la ciudad, el cielo de la noche se veía azul marino, había luciérnagas y el olor era diferente, una mezcla de pasto quemado y río. La casa de la Pinocha tenía todo rejas alrededor, eso sí, y también la cuidaba un perro negro grandote, creo que un rottweiler, con el que no se podía jugar porque era bravo. Vivir lejos parecía un poco peligroso, pero la Pinocha nunca se quejaba.

A lo mejor porque el lugar era tan diferente, porque esa noche nos sentíamos distintas en la casa de la Pinocha, con los padres que escuchaban a Los Redondos y tomaban cerveza, mientras el perro le ladraba a las sombras, a lo mejor por eso Julita blanqueó y se animó a decirnos con qué muertos quería hablar ella.

Julita quería hablar con su mamá y su papá.

Estuvo buenísimo que Julita finalmente abriera la boca sobre sus viejos, porque nosotras no nos animábamos a preguntarle. En la escuela se hablaba mucho del tema, pero nadie se lo había dicho nunca en la cara, y nosotras saltábamos para defenderla si alguien decía una pelotudez. La cuestión es que todos sabían que los viejos de Julita no se habían muerto en un accidente: los vie-

jos de Julita habían desaparecido. Estaban desaparecidos. Eran desaparecidos. Nosotras no sabíamos bien cómo se decía. Julita decía que se los habían llevado, porque así hablaban sus abuelos. Se los habían llevado y por suerte habían dejado a los chicos en la pieza (no se habían fijado en la pieza capaz: igual, Julita y su hermano no se acordaban de nada, ni de esa noche ni de sus padres tampoco).

Julita los quería encontrar con la tabla, o preguntarle a algún otro espíritu si los había visto. Además de tener ganas de hablar con ellos, quería saber dónde estaban los cuerpos. Porque eso tenía locos a sus abuelos, su abuela lloraba todos los días por no tener donde llevar una flor. Pero además Julita era muy tremenda: decía que si encontrábamos los cuerpos, si nos daban el dato y era posta, teníamos que ir a la tele o los diarios, y nos hacíamos más que famosas, nos iba a querer todo el mundo.

A mí por lo menos me pareció re fuerte esa parte de sangre fría de Julita, pero pensé que estaba bien, cosa de ella. Lo que sí, nos dijo, teníamos que empezar a pensar en otros desaparecidos conocidos, para que nos ayudaran. En un libro sobre el método de la tabla habíamos leído que ayudaba concentrarse en un muerto conocido, recordar su olor, su ropa, sus gestos, el color de su pelo, hacer una imagen mental, entonces era más fácil que el muerto de verdad viniera. Porque a veces venían muchos espíritus falsos que mentían y te quemaban la cabeza. Era difícil distinguir.

La Polaca dijo que el novio de su tía estaba desaparecido, se lo habían llevado durante el Mundial. Todas nos sorprendimos porque la familia de la Polaca era re-

careta. Ella nos aclaró que casi nunca hablaban del tema, pero a ella se lo había contado la tía, medio borracha, después de un asado en su casa, cuando los hombres hablaban con nostalgia de Kempes y el Campeonato del Mundo, y ella se sulfuró, se tomó un trago de vino tinto y le contó a la Polaca sobre su novio y lo asustada que había estado ella. Nadia aportó a un amigo de su papá, que cuando ella era chica venía a comer seguido los domingos y un día no había venido más. Ella no había registrado mucho la falta de ese amigo, sobre todo porque él solía ir mucho a la cancha con su viejo, y a ella no la llevaban a los partidos. Sus hermanos registraron más que ya no venía, le preguntaron al viejo, y al viejo no le dio para mentirles, para decirles que se habían peleado o algo así. Les dijo a los chicos que se lo habían llevado, lo mismo que decían los abuelos de Julita. Después, los hermanos le contaron a Nadia. En ese momento, ni los chicos ni Nadia tenían idea de adónde se lo habían llevado, o de si llevarse a alguien era común, si era bueno o era malo. Pero ahora ya todas sabíamos de esas cosas, después de la película *La Noche de los Lápices* (que nos hacía llorar a los gritos, la alquilábamos como una vez por mes) y el Nunca Más —que la Pinocha había traído a la escuela, porque en su casa se lo dejaban leer— y lo que contaban las revistas y la televisión. Yo aporté a mi vecino del fondo, un vecino que había estado ahí poco tiempo, menos de un año, que salía poco a la calle pero que nosotros lo podíamos ver paseando por el fondo (la casa tenía un parquecito atrás). No me lo acordaba mucho, era como un sueño, tampoco se la pasaba en el patio: pero una noche lo vinieron a

buscar y mi vieja se lo contaba a todo el mundo, decía que por poco, por culpa de ese hijo de puta, casi nos llevan también a nosotras. A lo mejor porque ella lo repetía tanto a mí se me quedó grabado el vecino, y no me quedé tranquila hasta que otra familia se mudó a esa casa, y me di cuenta de que él no iba a volver más.

La Pinocha no tenía a ninguno que aportar, pero llegamos a la conclusión que con todos los muertos que ya teníamos era suficiente. Esa noche jugamos hasta las cuatro de la mañana, a esa hora ya empezamos a bostezar y a tener la garganta rasposa de tanto fumar, y lo más fantástico fue que los padres de la Pinocha ni vinieron a tocar la puerta para mandarnos a la cama. Me parece, no estoy segura porque la ouija consumía mi atención, que estuvieron mirando tele o escuchando música hasta la madrugada, también.

Después de esa primera noche, conseguimos permiso para ir a lo de la Pinocha dos veces más, en el mismo mes. Era increíble, pero los padres o responsables de todas habían hablado por teléfono con los viejos de la Pinocha, y por algún motivo la charla los dejó recontra tranquilos. El problema era otro: nos costaba hablar con los muertos que queríamos. Daban muchas vueltas, les costaba decidirse por el sí o por el no, y siempre llegaban al mismo lugar: nos contaban dónde habían estado secuestrados, y ahí se quedaban, no nos podían decir si los habían matado ahí, o si los llevaron a algún otro lugar,

nada. Daban vueltas después y se iban. Era frustrante. Creo que hablamos con mi vecino, pero después de escribir POZO DE ARANA, se fue. Era él, seguro: nos dijo su nombre, lo buscamos en el Nunca Más y ahí estaba, en la lista. Nos cagamos en las patas: era el primer muerto posta posta con el que hablábamos. Pero de los padres de Julita, nada.

Fue la cuarta noche en lo de la Pinocha cuando pasó lo que pasó. Habíamos logrado comunicarnos con uno que conocía al novio de la tía de la Polaca, habían estudiado juntos, decía. El muerto con el que hablamos se llamaba Andrés, y nos dijo que no se lo habían llevado ni había desaparecido: él mismo se había escapado a México, y ahí se murió después, en un accidente de coche, nada que ver. Bueno, este Andrés tenía re buena onda, y le preguntamos por qué todos los muertos se iban cuándo les preguntamos adonde estaban sus cuerpos. Nos dijo que algunos se iban porque no sabían donde estaban, entonces se ponían nerviosos, incómodos. Pero otros no contestaban porque alguien les molestaba. Una de nosotras. Quisimos saber por qué, y nos dijo que no sabía el motivo, pero que era así, una de nosotras estaba de más.

Después, el espíritu se fue.

Nos quedamos pensando un toque en eso, pero decidimos no darle importancia. Al principio, en nuestros primeros juegos con la tabla, siempre le preguntábamos al espíritu que venía si alguien molestaba. Pero después dejamos de hacerlo porque a los espíritus les encantaba molestar con eso, y jugaban con nosotras, primero decían

Nadia, después decían no, con Nadia está todo bien, la que molesta es Julita, y así nos podían tener toda la noche poniendo y sacando el dedo de la copa, o hasta yéndonos de la habitación, porque los guachos no tenían límites en sus pedidos.

Lo de Andrés nos impresionó tanto, igual, que decidimos repasar la conversación anotada en el cuaderno, mientras destapábamos una cerveza. Entonces tocaron a la puerta de la pieza. Nos sobresaltamos un poco, porque los padres de la Pinocha nunca molestaban.

—¿Quién es? —dijo la Pinocha, y la voz le salió un poco tembleque. Todas teníamos un poco de cagazo, la verdad.

—Leo, ¿puedo pasar?

—Dale, boludo! —la Pinocha se levantó de un salto y abrió la puerta. Leo era su hermano mayor, que vivía en el centro y visitaba a los viejos nomás los fines de semana, porque trabajaba todos los días. Y no todos los fines de semana, porque a veces estaba demasiado cansado. Nosotras lo conocíamos porque antes, cuando éramos más chicas, en primer y segundo año, a veces él iba a buscar a la Pinocha a la escuela, cuando los viejos no podían. Después empezamos a usar el colectivo, ya estábamos grandes. Una lástima, porque dejamos de ver a Leo, que estaba fuertísimo, un morocho de ojos verdes con cara de asesino, para morirse. Esa noche, en la casa de la Pinocha, estaba tan lindo como siempre. Todas suspiramos un poco y tratamos de esconder la tabla, nomás para que él no pensara que éramos raras. Pero no le importó.

—¿Jugando a la copa? Es jodido eso, a mí me da

miedo, re valientes las pendejas —dijo. Y después, la miró a su hermana—: Pendeja, ¿me ayudás a bajar de la camioneta unas cosas que les traje a los viejos? Mamá ya se fue a acostar y el viejo está con dolor de espalda...

—Qué ganas de joder que tenés, ¡es tarde!

—Y bueno, me pude venir a esta hora, qué querés, se me hizo tarde. Copate, que si dejo las cosas en la camioneta me las pueden afanar.

La Pinocha dijo bueno con mala onda, y nos pidió que esperemos. Nos quedamos sentadas en el suelo alrededor de la tabla, hablando en voz baja de lo lindo que era Leo, que ya debía tener como 23 años; era mucho más grande que nosotras. La Pinocha tardaba, nos extrañó. A la media hora, Julita propuso ir a ver qué pasaba. Y entonces todo pasó muy rápido, casi al mismo tiempo. La copa se movió sola. Nunca habíamos visto una cosa así. Sola solita, ninguna de nosotras tenía el dedo encima, ni cerca. Se movió y escribió muy rápido, “ya está”. ¿Ya está? ¿Qué cosa ya está? En seguida, un grito desde la calle, desde la puerta: la voz de la Pinocha. Salimos corriendo a ver qué pasaba, y la vimos abrazada a la madre, llorando, las dos sentadas en el sillón al lado de la mesita del teléfono. En ese momento no entendimos nada, pero después, cuando se tranquilizó un poco la cosa —un poco— reconstruimos más o menos.

La Pinocha había seguido a su hermano hasta la vuelta de la casa. Ella no entendía por qué había dejado la camioneta ahí, si había lugar por todos lados, pero él no le contestó. Se había puesto distinto cuando salieron de la casa, se había puesto mala onda, no le hablaba. Cuando

llegaron a la esquina, él le dijo que esperara y, según la Pinocha, desapareció. Estaba oscuro, así que podía ser que hubiera caminado unos pasos y ya se perdiera de vista, pero según ella había desaparecido. Esperó un rato a ver si volvía, pero como tampoco estaba la camioneta, le dio miedo. Volvió a la casa, y encontró a los viejos despiertos, en la cama. Les contó que había venido Leo, que estaba súper raro, que le había pedido bajar algunas cosas de la camioneta. Los viejos la miraron como si estuviera loca. “Leo no vino, nena, ¿de qué estás hablando? Mañana trabaja temprano”. La Pinocha empezó a temblar de miedo y a decir “era Leo, era Leo”, y entonces su papá se calentó, le gritó si estaba drogada o qué. La mamá, más tranquila, le dijo: “Hagamos una cosa: lo llamamos a Leo a la casa. Debe estar durmiendo ahí”. Ella también dudaba un poco ahora, porque veía que la Pinocha estaba muy segura y muy alterada. Llamó, y después de un rato largo Leo la atendió, puteando, porque estaba en el quinto sueño dormido. La madre le dijo “después te explico” o algo así, y se puso a tranquilizar a la Pinocha, que tuvo tremendo ataque de nervios.

Hasta la ambulancia vino, porque la Pinocha no paraba de gritar que “esa cosa” la había tocado (el brazo sobre los hombros, como en un abrazo que a ella le dio más frío que calor), y que había venido porque ella era “la que molestaba”.

Julita me dijo, al oído, “es que a ella no le desapareció nadie”. Le dije que se callara la boca, pobre Pinocha. Yo también tenía mucho miedo. Si no era Leo, ¿quién era? Porque esa persona que había venido a buscar

a la Pinocha era tal cual su hermano, como un gemelo idéntico, ella no había dudado. ¿Quién era? Yo no quería acordarme de sus ojos. No quería volver a jugar a la copa ni volver a lo de la Pinocha.

Nunca volvimos a juntarnos. La Pinocha quedó mal y los padres nos acusaban –pobres, tenían que acusar a alguien– y decían que le habíamos hecho una broma pesada, que la había dejado medio loca. Pero todos sabíamos que no era así, que la habían venido a buscar porque, como nos dijo el muerto Andrés, ella molestaba. Y así se terminó la época en que hablábamos con los muertos.



Las cosas que perdimos en el fuego

La primera fue la chica del subte. Había quien lo discutía o, al menos, quien discutía su alcance, su poder, su capacidad de desatar las hogueras por sí sola. Eso era cierto: la chica del subte solamente predicaba en las seis líneas del tren subterráneo de la ciudad y nadie la acompañaba. Pero resultaba inolvidable. Tenía la cara y los brazos completamente desfigurados por una quemadura extensa, completa y profunda; ella explicaba cuánto tiempo le había costado recuperarse, los meses de infecciones, hospital y dolor, con su boca sin labios y una nariz pésimamente reconstruida; le quedaba un solo ojo, el otro era un hueco de piel y la cara toda, la cabeza, el cuello, una máscara marrón recorrida por telarañas. En la nuca conservaba un mechón de pelo largo, lo que acrecentaba el efecto máscara: la única parte de la cabeza que el fuego no había alcanzado. Tampoco había alcanzado las manos,

que eran morenas y siempre estaban un poco sucias por manipular el dinero que mendigaba.

Su método era audaz: subía al vagón y saludaba a los pasajeros con un beso si no eran muchos, si la mayoría viajaba sentada. Algunos apartaban la cara con disgusto, hasta con un grito ahogado; algunos aceptaban el beso sintiéndose bien consigo mismos. Otros apenas dejaban que el asco les erizara la piel de los brazos, y si ella lo notaba, en verano, cuando podía verles la piel al aire, acariciaba con los dedos mugrientos los pelitos asustados y sonreía con su boca que era un tajo. Incluso había quienes se bajaban del vagón cuando la veían subir: aquellos que ya conocían el método, que no querían el beso de esa cara horrible.

La chica del subte, además, se vestía con jeans ajustados, blusas transparentes, incluso sandalias con tacones cuando hacía calor. Llevaba pulseras y cadenitas colgando del cuello. Que su cuerpo fuera sensual resultaba inexplicablemente ofensivo.

Cuando pedía dinero lo dejaba muy en claro: no estaba juntando para cirugías plásticas, no tenían sentido, nunca volvería a tener una cara normal, lo sabía. Pedía solamente para sus gastos, para el alquiler, la comida –nadie le daba trabajo con la cara así, ni siquiera para puestos donde no hiciera falta verla. Y siempre, cuando terminaba de contar sus días de hospital nombraba al hombre que la había quemado: Juan Martín Pozzi, su marido. Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitarlo, él la arruinó, que no fuera de

nadie más, entonces. Y, mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado el alcohol en una pelea, había intentado fumar un cigarrillo todavía mojada.

–Y le creyeron –sonreía la chica del subte, con su boca sin labios, su boca de reptil–. Hasta mi papá le creyó.

Ni bien pudo hablar, en el hospital, contó la verdad. Él estaba preso. Cuando se iba del vagón, la gente no hablaba de la chica quemada pero el silencio en que quedaban, roto por las sacudidas sobre los rieles, decía qué asco, qué miedo, no voy a olvidarme más de ella, cómo se puede vivir así.

A lo mejor no fue la chica del subte la que desencadenó todo, pero fue quien introdujo la idea en su familia, creía Silvina. Fue una tarde de domingo, volvían con su madre del cine –una excursión rara, casi nunca salían juntas-. La chica del subte dio sus besos y contó su historia en el vagón; cuando terminó, agradeció y se bajó en la siguiente estación. No le siguió a su partida el habitual silencio incómodo y avergonzado. Un chico, no podía tener más de veinte años, empezó a decir qué manipuladora, qué asquerosa, qué necesidad; también hacía chistes. Silvina recordó que su madre, alta y con su pelo corto y gris, todo su aspecto de autoridad y potencia, cruzó el pasillo del vagón hasta donde estaba el chico, casi sin tambalear –aunque el vagón se sacudía como siempre– y le dio un puñetazo en la nariz, un golpe decidido y profesional, que lo hizo sangrar y gritar “vieja hija de

puta qué te pasa”, pero su madre no respondió, ni al chico que lloraba de dolor ni a los pasajeros que dudaban entre insultarla o ayudar. Silvina recordaba la mirada rápida, la orden silenciosa de sus ojos, y cómo las dos salieron corriendo no bien las puertas se abrieron, y siguieron corriendo por las escaleras a pesar de que Silvina estaba poco entrenada y se cansaba enseguida –correr la hacía toser– y su madre ya tenía más de sesenta años. Nadie las seguía, pero eso no lo supieron hasta estar en la calle, en la esquina transitadísima de Corrientes y Pueyrredón; y se metieron entre la gente para evitar y despistar a algún guardia, o incluso a la policía. Después de doscientos metros se dieron cuenta de que estaban a salvo. Silvina no podía olvidar la carcajada alegre, aliviada, de su madre; hacía años que no la veía tan feliz.

Hicieron falta Lucila y la epidemia que desató, sin embargo, para que llegaran las hogueras. Lucila era modelo y era muy hermosa pero, sobre todo, era extrañamente encantadora. En las entrevistas de la televisión parecía distraída e inocente pero tenía respuestas inteligentes y audaces, y por eso también se hizo famosa. Medio famosa. Famosa del todo se hizo cuando anunció su noviazgo con Mario Ponte, el 7 de Unidos de Córdoba, un club de segunda división que había llegado heroicamente a primera y se había mantenido entre los mejores durante dos torneos gracias a un gran equipo pero sobre todo gracias a Mario, que era un jugador extraordinario,

que había rechazado ofertas de clubes europeos de puro leal, aunque algunos especialistas decían que, a los treintaidós y con el nivel de competencia de los campeonatos europeos, era mejor para Mario convertirse en una leyenda local que en un fracaso transatlántico. Lucila parecía enamorada y aunque la pareja tenía mucha cobertura en los medios, no se le prestaba demasiada atención; era perfecta y parecía feliz, y sencillamente faltaba drama. Ella consiguió mejores contratos para publicidades y era la que cerraba todos los desfiles; él se compró un auto carísimo. El drama llegó una madrugada cuando sacaron a Lucila en camilla del departamento que compartía con Ponte: tenía el setenta por ciento del cuerpo quemado y dijeron que no iba a sobrevivir. Sobrevivió una semana.

Silvina recordaba vagamente los informes en los noticieros, las charlas en la oficina; él la había quemado, durante una pelea. Igual que a la chica del subte, le había vaciado una botella de alcohol sobre el cuerpo –ella estaba en la cama– y, después, echó un fósforo encendido sobre el cuerpo desnudo. La dejó arder unos minutos y la cubrió con la colcha. Después llamó a la ambulancia. Dijo, como el marido de la chica del subte, que había sido ella. Por eso cuando de verdad las mujeres empezaron a quemarse, nadie les creyó, pensaba Silvina, mientras esperaba el colectivo –no podía usar su propio auto cuando visitaba a su madre: la podían seguir–. Creían que estaban protegiendo a sus hombres, que todavía les tenían miedo, que estaban shockeadas y no podían decir la verdad; costó mucho concebir las hogueras.

Ahora, que había una hoguera por semana, toda-

vía nadie sabía ni qué decir ni cómo detenerlas, salvo lo de siempre: controles, policía, vigilancia. Pero no servía. Una vez le había dicho una amiga anoréxica a Silvina: no pueden obligarte a comer. Sí pueden, le había contestado Silvina, te pueden poner suero, una sonda. Sí, pero no pueden controlarte todo el tiempo. Cortás la sonda. Cortás el suero. Nadie puede vigilarte veinticuatro horas. La gente duerme. Era cierto. Esa compañera de colegio se había muerto, finalmente. Silvina se sentó con la mochila sobre las piernas. Se alegró de no tener que viajar parada. Siempre tenía miedo de que alguien abriera la mochila y se diera cuenta de lo que cargaba.

Hicieron falta muchas mujeres quemadas para que empezaran las hogueras. Es contagio, explicaban los expertos en violencia de género en diarios y revistas y radios y televisión y donde pudieran hablar; era tan complejo informar, decían, porque por un lado hay que alertar sobre los feminicidios y por otro se provocan estos efectos, parecidos a los que ocurren con los suicidios entre adolescentes. Hombres quemaban a sus novias, esposas, amantes, por todo el país. Con alcohol la mayoría de las veces, como Ponte, por lo demás el héroe de muchos; pero también con ácido y, en un caso particularmente horrible, la mujer había sido arrojada sobre neumáticos en llamas, que ardían en medio de una ruta por alguna protesta de trabajadores. Pero Silvina y su madre recién se movilizaron –y sin consultarla entre ellas– cuando pasó lo de

Lorena Pérez y su hija, las últimas asesinadas antes de la primera hoguera. El padre, antes de suicidarse, le había pegado fuego a madre e hija con el ya clásico método de la botella de alcohol. No las conocían, pero Silvina y su madre fueron al hospital a tratar de visitarlas, a protestar en la puerta; ahí se encontraron. Y ahí estaba también la chica del subte.

Pero ya no estaba sola. La acompañaba un grupo de mujeres de distintas edades, ninguna de ellas quemada. Cuando llegaron las cámaras, la chica del subte y sus compañeras se acercaron a la luz. Ella contó su historia, las otras asentían y aplaudían. La chica del subte dijo algo impresionante, brutal:

–Si siguen así, los hombres se van a tener que acostumbrar. La mayoría de las mujeres van a ser como yo, si no se mueren. ¿Estaría bueno, no? Una belleza nueva.

La mamá de Silvina se acercó a la chica del subte y a sus compañeras cuando se retiraron las cámaras. Había varias mujeres de más de sesenta años, a Silvina le sorprendió verlas dispuestas a pasar la noche en la calle, acampar en la vereda y pintar sus carteles que pedían **BASTA DE QUEMARNOS**. Ella también se quedó y, por la mañana, fue a la oficina sin dormir. Sus compañeros ni estaban enterados de la incineración de la madre y la niña. Se están acostumbrando, pensó Silvina. Lo de la niñita les da un poco más de impresión pero solo eso, un poco. Estuvo toda la tarde mandándole mensajes a su madre, pero no le contestó ninguno. Era bastante mala para los mensajes de texto, así que Silvina no se alarmó. Por la noche la llamó a su casa, y tampoco la encontró.

¿Seguiría en la puerta del hospital? Fue a buscarla, pero las mujeres habían abandonado el campamento. Quedaban apenas unos fibrones abandonados y paquetes vacíos de galletitas, que el viento arremolinaba. Venía una tormenta y Silvina volvió lo más rápido que pudo hasta su casa porque había dejado las ventanas abiertas. La niña y su madre habían muerto durante la noche.

Silvina participó de su primera hoguera en un campo de la ruta 3. Las medidas de seguridad, entonces, todavía eran muy elementales; las de las autoridades y las de las Mujeres Ardientes. Todavía la incredulidad era alta; sí, lo de aquella mujer que se había incendiado, dentro su propio auto, en el desierto patagónico, había sido bien extraño: las primeras investigaciones indicaron que ella había rociado de gasolina el vehículo, que ella se había sentado dentro, frente al volante, que ella había dado el chasquido del encendedor. Nadie más: no había ni rastros de otro auto y eso era imposible de ocultar en el desierto, y nadie hubiera podido irse a pie. Un suicidio, decían, un suicidio muy extraño, la pobre mujer estaba sugestionada por todos estos incineramientos de mujeres, no entendemos por qué ocurren en Argentina, estas cosas son de países árabes, de la India.

—Serán hijos de puta, Silvinita, sentate —le dijo María Helena, la amiga de su madre, que dirigía el hospital clandestino de quemadas ahí, lejos de la ciudad, en el casco de la vieja estancia de su familia, rodeada de va-

cas y soja. —Yo no sé por qué esta muchacha, en vez de contactarse con nosotras, hizo lo que hizo, pero bueno: a lo mejor se quería morir. Era su derecho. Pero que estos hijos de puta digan que los incineramientos son de los árabes, de los indios...—.

María Helena se secó la manos —estaba pelando duraznos para una torta— y miró a Silvina a los ojos.

—Los incineramientos los hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices.

La torta era para festejar a una de las Mujeres Ardientes, que había sobrevivido a su primer año de quemada. Algunas de las mujeres que iban a la hoguera preferían recuperarse en un hospital, pero muchas elegían los centros clandestinos, como los de María Helena. Había algunos otros, Silvina no estaba segura de cuántos.

—El problema es que no nos creen. Les decimos que nos quemamos porque queremos, y no nos creen. Por supuesto, no podemos hacer que hablen las chicas que están internadas acá, podemos ir presas.

—Podemos filmar una ceremonia —dijo Silvina.

—Ya lo pensamos, pero sería invadir la privacidad de las chicas.

—De acuerdo, ¿pero si alguna quiere que la vean? Y podemos pedirle que vaya hacia la hoguera con, no sé, una máscara, un antifaz, si quiere taparse la cara.

—¿Y si distinguen dónde queda el lugar?

—Ay, María, la pampa es toda igual, si la ceremonia se hace en el campo, ¿cómo van a saber dónde queda?

Así, casi sin pensarlo, Silvina decidió hacerse cargo de la filmación, cuando alguna chica quisiera que su quema fuera difundida. María Helena se contactó con ella menos de un mes después del ofrecimiento. Sería la única autorizada, en la ceremonia, a entrar con un equipo electrónico. Silvina llegó en auto: entonces, todavía, era bastante seguro usarlo. La ruta 3 estaba casi vacía, apenas la cruzaban algunos camiones; podía escuchar música y tratar de no pensar. En su madre, otra jefa de hospital clandestino en una casa enorme del sur de la ciudad de Buenos Aires; su madre, siempre arriesgada y atrevida, tanto más que ella, que seguía trabajando en la oficina y no se atrevía a unirse a las mujeres; en su padre, muerto cuando ella era chica, un hombre bueno y algo torpe (“ni se te ocurra pensar que hago esto por culpa de tu padre”, le había dicho su madre una vez, en el patio de la casa-hospital, durante un descanso, mientras inspeccionaba los antibióticos que Silvina le había traído, “tu padre era un hombre delicioso, jamás me hizo sufrir”). En su ex novio, a quien había abandonado al mismo tiempo que supo definitiva la radicalización de su madre, porque él las pondría en peligro, lo sabía, era inevitable. En si tenía que traicionarlas ella misma, desbaratar la locura desde adentro. ¿Desde cuándo era un derecho quemarse viva? ¿Por qué tenía que respetarlas?

La ceremonia fue al atardecer. Silvina usó la función video de una cámara de fotos: los teléfonos estaban prohibidos y ella no tenía una cámara mejor, tampoco quería comprar una nueva por si era rastreada. Filmó todo: las mujeres preparando la pira con enormes ramas

secas de los árboles del campo, el fuego alimentado con diarios y gasolina hasta que alcanzaba más de un metro de altura. Estaban campo adentro, una arboleda y la casa ocultaban la ceremonia de la ruta. El otro camino, a la derecha, quedaba demasiado lejos. No había vecinos, ni peones. Ya no a esa hora. Cuando cayó el sol, la mujer elegida caminó hacia el fuego. Lentamente. Silvina pensó que iba a arrepentirse, porque lloraba. Había elegido una canción para su ceremonia, que las demás –unas diez: pocas– cantaban: “Ahí va tu cuerpo al fuego, ahí va/ Lo consume pronto, lo acaba sin tocarlo”. Pero no se arrepintió. La mujer entró al fuego como a una piletta de natación, se zambulló, dispuesta a sumergirse: no había duda que lo hacía por su propia voluntad, una voluntad supersticiosa o incitada, pero propia. Ardió apenas veinte segundos: cumplido ese plazo, dos mujeres protegidas por amianto la sacaron de entre las llamas y la llevaron corriendo al hospital clandestino. Silvina detuvo la filmación antes de que pudiera verse el edificio.

Esa noche lo subió a Internet. Al día siguiente, millones de personas lo habían visto.

Silvina tomó el colectivo. Su madre ya no era la jefa del hospital clandestino del sur; había tenido que mudarse cuando los padres enfurecidos de una mujer –que gritaban “¡Tiene hijos, tiene hijos!”– descubrieron qué se escondía detrás de esa casa de piedra, centenaria, que alguna vez había sido una residencia para ancianos.

Su madre había logrado escapar del allanamiento —la vecina de la casa era una colaboradora de las Mujeres Ardientes, activa y al mismo tiempo, distante, como Silvina— y la habían reubicado como enfermera en un hospital clandestino de Belgrano: después de un año entero de allanamientos, creían que la ciudad era más segura que los parajes alejados. También había caído el hospital de María Helena, aunque nunca descubrieron que la estancia había sido escenario de hogueras porque, en el campo, nada hay más común que quemar pastizales y hojas, siempre iban a encontrar pasto y suelo quemado. Los jueces expedían órdenes de allanamiento con mucha facilidad y, a pesar de las protestas, las mujeres sin familia o que sencillamente andaban solas por la calle caían bajo sospecha: la policía acostumbraba hacerles abrir sus bolsos, mochilas, baúles del auto cuando ellos lo deseaban, en cualquier momento, en cualquier lugar. El acoso había sido peor: de una hoguera cada cinco meses —registrada: con mujeres que acudían a los hospitales normales— se pasó al estado actual, de una por semana.

Y, tal como esa compañera de colegio le había dicho a Silvina, las mujeres se estaban arreglando para escapar de la vigilancia notablemente bien. Los campos seguían siendo enormes y no se podían revisar con satélite constantemente; y además todo el mundo tiene un precio; si podían ingresar al país toneladas de drogas, ¿cómo no iban a dejar pasar autos con más bidones de nafta que lo razonable? Eso era todo lo necesario, porque las ramas para las hogueras estaban ahí, en la locación. Y el deseo, las mujeres lo llevaban consigo.

No se va a detener, había dicho la chica del subte en un programa de entrevistas de televisión. Vean el lado bueno, decía, y se reía con su boca de reptil. Por lo menos ya no hay trata de mujeres, porque nadie quiere a un monstruo quemado y tampoco quieren a estas locas argentinas que un día van y se prenden fuego. Y capaz que le pegan fuego al cliente también.

Una noche, mientras esperaba el llamado de su madre, que le había encargado antibióticos —Silvina los conseguía haciendo la ronda por los hospitales de la ciudad donde trabajaban colaboradoras de las Mujeres Ardientes—, Silvina tuvo ganas de hablar con su ex novio. Tenía la boca llena de whisky y la nariz de humo de cigarrillos y del olor a la gasa furacinada, la que se usaba para las quemaduras, que no se iba nunca, como no se iba el de carne humana quemada, que era muy difícil de describir, sobre todo porque, más que nada, olía a gasolina, aunque detrás había algo más, inolvidable y extrañamente cálido. Pero se contuvo. Lo había visto en la calle, con otra chica. Eso, ahora, no significaba nada. Muchas mujeres trataban de no estar solas en la calle para no ser molestadas por la policía. Todo era distinto desde las hogueras. Hacía apenas semanas las primeras Mujeres Ardientes sobrevivientes habían empezado a mostrarse en público. A tomar el colectivo. A comprar en el supermercado. A tomar taxis y subterráneos, a abrir cuentas de banco y disfrutar de un café en las veredas de los bares, con las

horribles caras iluminadas por el sol de la tarde, con los dedos a veces sin algunas falanges sosteniendo la taza. ¿Les darían trabajo? ¿Cuándo llegaría el mundo ideal de hombres y monstruos?

Silvina había visitado a María Helena en la cárcel. Al principio, ella y su madre temieron que las otras reclusas la atacaran, pero no, la trataban inusitadamente bien. "Es que yo hablo con las chicas. Les cuento que a nosotras las mujeres siempre nos quemaron, ¡que nos quemaron durante cuatro siglos! No lo pueden creer, no sabían nada de los juicios a las brujas, ¿se dan cuenta? La educación en este país se fue a la mierda. Pero tienen interés, pobrecitas, quieren saber".

-¿Qué quieren saber? -preguntó Silvina.

-Y, quieren saber cuándo van a parar las hogueras.

-¿Y cuándo van a parar?

-Ay, qué se yo hija, ¡por mí que no paren nunca!

La sala de visitas de la cárcel era un galpón con varias mesas y tres sillas cada una: una para la presa, dos para las visitantes. María Helena hablaba en voz baja: no confiaba en las guardias.

-Algunas chicas dicen que van a parar cuando lleguen al número de la caza de brujas de la Inquisición.

-Eso es mucho -dijo Silvina.

-Depende -intervino su madre-. Hay historiadores que hablan de cientos de miles, otros de cuarenta mil...

-Cuarenta mil es un montón -murmuró Silvina.

-En cuatro siglos no es tanto -siguió su madre.

-Había poca gente en Europa hace seis siglos,

mamá.

Silvina sentía que la furia le llenaba los ojos de lágrimas. María Helena abrió la boca y dijo algo más pero Silvina no la escuchó, y su madre siguió y las dos mujeres conversaban en la luz enferma de la sala de visitas de la cárcel y Silvina solamente escuchó que ellas estaban demasiado viejas, que no sobrevivirían una quema, la infección se las llevaría en un segundo pero Silvinita, ah, cuándo se decidiría Silvinita, sería una quemada hermosa, una verdadera flor de fuego.



Chicos que vuelven

Cuando empezó a trabajar en el Centro de Gestión y Participación de Parque Chacabuco, que quedaba debajo de la autopista, Mechi pensó que nunca iba a poder acostumbrarse al constante trepidar sobre su cabeza, un ruido sordo que combinaba el paso de los coches, la vibración de las junturas del asfalto, el esfuerzo de los pilares. Parecía palpitar, y ella justo estaba debajo, en una oficina perfectamente cuadrada que compartía con otras dos mujeres, Graciela y María Laura, las dos empleadas de mucha más experiencia, las dos encargadas de atención al público, algo que Mechi no sabía hacer, ni quería hacer. Pero con los meses empezó a acostumbrarse a la autopista sobre su cabeza y hasta a reconocer los distintos vehículos: cuando pasaba un camión grande, el techo parecía recibir mazazos, como si un gigante caminara encima de la oficina; los colectivos provocaban un silbido

lento, y los autos apenas un roce y un latido. El ritmo del tráfico acompañaba su trabajo y le causaba una sensación de encierro, de pecera, que de alguna manera la ayudaba.

El silencioso trabajo de Mechi la mantenía aislada. Se trataba de mantener y actualizar el archivo de chicos perdidos y desaparecidos en la ciudad de Buenos Aires, ubicado en el fichero más grande de la oficina, que era parte del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes. Ni siquiera ella tenía claras todavía las redes burocráticas de consejos y centros y dependencias a las que pertenecía, y a veces le resultaba borroso determinar para quién estaba trabajando; pero en sus diez años como empleada del gobierno de la ciudad, era la primera vez que su trabajo le gustaba. Desde que ella estaba a cargo –casi dos años– el archivo recibía elogios exaltados. Y eso a pesar de que tenía un valor sólo documental: los expedientes importantes, los que hacían movilizar a policías e investigadores tras las pistas de los chicos estaban en comisarías y fiscalías. El suyo era más inútil, una especie de memoria en perpetuo crecimiento pero sin capacidad de acción. Eso sí, estaba al alcance de todos: a veces los familiares venían a repasarlo para ver si algún cabo suelto les permitía armar el rompecabezas del paradero de sus chicos perdidos. O volvían a agregar nuevas sospechas, nuevos datos. Entre los más desesperados estaban los que en la jerga de la oficina se llamaban “víctimas de secuestro parental”. Padres o madres cuya pareja se había fugado con el bebé en común. Por lo general, se trataba de madres. Y los hombres venían muy seguido, angustiados: para ellos el tiempo resultaba

crucial porque los bebés cambian de aspecto muy pronto. En cuanto aparecían los primeros rasgos de personalidad, crecía el pelo y se definía el color de ojos, ese bebé de la foto congelada que se usaba en el afiche de “se busca” desaparecía una vez más.

Desde que Mechi estaba a cargo del archivo, ningún niño secuestrado por padre o madre había aparecido.

Por suerte, ella no tenía que verles las caras a los familiares de los faltantes. Cuando aparecían por la oficina, si querían ver la carpeta, Graciela o María Laura se la pedían a Mechi, y ellas se la entregaban a los parientes. El mecanismo era el mismo si venían a aportar información nueva: se la dejaban o se la contaban a cualquiera de las dos mujeres, que después se la pasaban a Mechi, y ella la agregaba a su carpeta, o mejor a sus carpetas, una digital y la otra en papel. A veces, especialmente cuando Graciela y María Laura se enfrascaban en sus largas conversaciones personales, o salían a comer y se atrasaban, Mechi abría las carpetas y fantaseaba sobre los chicos. Incluso conservaba, en un fichero aparte, los casos resueltos, los de chicos que habían aparecido. Los encontrados casi siempre eran adolescentes y en general mujeres: las chicas avisaban que salían a bailar, y no volvían. Jessica, por ejemplo. Vivía en Piedrabuena y Chilavert, Villa Lugano. La casa, según las fotos, era baja y tenía una fachada color blanco sucio. No anunciaba lo que pasaba adentro. Seis chicos, una madre sola y la habitación de Jessica, con los ladrillos al aire, sin revocar, un colchón de gomaespuma sobre una tabla (técnicamente, no tenía cama) y su lado de la pared –porque compartía la habitación con dos

hermanos— decorado con fotos del Guille, su héroe; fotos del Guille arrancadas de revistas, o pósters más o menos completos, cubiertos de besos rosados y algunos “te amo” escritos con fibrón rojo. Jessica siempre se juntaba con otras pibas en la plaza Sudamérica, reacondicionada hacía poco, con nuevos bancos de hierro (para que no resultara cómodo sentarse mucho tiempo o, peor, quedarse a dormir) y guardia policial. Decían que era una piba tranquila, nunca la habían agarrado ni fumando un tabaco. Pero un día se escapó, y su familia salió a recorrer el barrio desesperada, volanteando; dejaban la hoja de papel A4 fotocopiada con la foto de Jessica sobre todo en las remiserías, porque los remiseros conocían a todo el mundo. Jessica apareció dos meses después: se había quedado en lo de otra piba después de una discusión con su mamá, que le había gritado “si seguís así te mando a Comodoro Rivadavia”. El papá vivía ahí. Cuando Jessica apareció, Muchi se quedó mirando su foto —el flequillo teñido de bordó, los ojos delineados de negro, los labios con brillito y aros con forma de clave de sol— y pensó que debería decirle a la nena —14 años tenía Jessica— que seguramente Comodoro Rivadavia estaba mucho más bueno que Villa Lugano, que a lo mejor su papá le conseguía una cama que no pareciera una esponja gigante. Pero Jessica se quería quedar en la capital porque así podía ir siempre que pudiera a los recitales del Guille, y el Guille nunca iba para la Patagonia.

Como Jessica había muchas, porque la mayoría de los chicos que faltaban eran chicas adolescentes. Que se iban con un tipo mayor, que se asustaban por un em-

barazo. Que huían de un padre borracho, de un padrastro que las violaba de madrugada, de un hermano que se les masturbaba en la espalda, de noche. Que iban al boliche y se emborrachaban y se perdían un par de días, y después tenían miedo de volver. También estaban las chicas locas, que escuchaban un clic en la cabeza la tarde que decidían dejar de tomar la medicación. Y las que se llevaban, las secuestradas que se perdían en redes de prostitución para no aparecer jamás, o aparecer muertas, o aparecer como asesinas de sus captores, o suicidas en la frontera de Paraguay, o descuartizadas en un hotel de Mar del Plata.

Mechi creía que su minuciosidad en el mantenimiento del archivo, su interés serio respecto a los chicos que faltaban tenía que ver con Pedro, uno de sus pocos amigos. Lo había conocido unos cinco años atrás, cuando ella aún trabajaba en pleno centro de la ciudad, en una oficina cerca de la Plaza de Mayo; desde la ventana se distraía viendo las marchas y manifestaciones, y ese era casi su único entretenimiento —y su única emoción fuerte—, cuando alguna protesta acababa en represión y llegaban hasta su ventana las sirenas, los gritos y el olor ardiente de los gases lacrimógenos.

Algunas tardes Mechí decidía tomarse una cerveza antes de volver a su departamento. Ninguno de los bares le gustaba mucho. En el horario de salida, alrededor de las seis de la tarde, se llenaban de jóvenes ejecutivos, empleados administrativos con buenos sueldos,

secretarias de ropa cara. En el *after hour* pedían cervezas importadas y trataban de llamar la atención, de encontrarse y, de ser posible, gustarse como para irse a la cama. Nadie trataba de conversar con Mechi. Ella era demasiado delgada y bajita, usaba botas con plataformas en verano y jamás se maquillaba. Era rara. Tampoco esperaba que alguno de los chicos de traje y afeitadas aromáticas la invitara a tomar una cerveza Iguana; Mechi aceptaba fácil la realidad de las situaciones y en general no se atormentaba. Esos bares no eran su lugar. Pero le gustaba volver a casa levemente borracha, caminando por la avenida mientras caía el sol y le resultaba muy sencillo ignorar lo que pasaba a su alrededor; incluso, a veces, se llevaba un libro, y eso atraía miradas, pero jamás nadie se había molestado en preguntarle qué estaba leyendo. Leer la ayudaba a no escuchar las conversaciones de los otros oficinistas, que no le interesaban.

Una de esas tardes conoció a Pedro, que la sacó de su aislamiento cuando le pidió compartir mesa —el bar estaba lleno—. Él hablaba mucho, sin que hiciera falta hacerle preguntas: le contó que era periodista, que trabajaba en un diario cercano, que se especializaba en policiales y que rara vez dejaba la redacción para tomarse una cerveza a la tarde (salía de trabajar después de las diez de la noche), pero ese día había sido muy movido y necesitaba despejarse. Le pidió el teléfono y Mechi se lo dio sin demasiadas expectativas: Pedro era nervioso, atractivo, tenía un poco de barba y grandes ojos oscuros. Ese tipo de chicos rara vez la tenían en cuenta.

Sin embargo, Pedro la llamó la noche siguiente.

La invitó a una cerveza en otro bar, distinto, más barato y lejos del circuito de oficinistas, y después a tomar algo más en su departamento. Mechi todavía recordaba el lugar. Las piedritas sanitarias del gato en el lavadero al lado de la cocina, rebosantes de mierda; no debía haberlas limpiado en semanas. Libros en los rincones, un balcón hermoso, de piedra, la computadora sobre la mesa y un póster vintage de *Tarde de perros*, la película de Al Pacino. Tomaron la cerveza sentados en el sillón y fueron a la cama antes de terminarla. Era un colchón en el suelo, con el despertador al lado de la cabecera, un cenicero lleno al alcance de la mano y las sábanas blancas demasiado usadas, tanto que hacia el centro se veían grises. Mechi no había disfrutado del sexo con Pedro. Por algún motivo había sido incapaz de concentrarse y se la pasó observando los detalles de estilo de las puertas del ropero, el cielo de la noche, los ojos curiosos del gato que se asomaba del otro lado de la puerta entreabierta, incluso la ventana iluminada del departamento de enfrente, que se veía desde la cama. Había actuado como si disfrutara, porque Pedro parecía estar pasándola bien y se comportaba con gran entusiasmo y delicadeza cuando hacía falta. Lo había besado profundamente y le había acariciado la espalda, pero cuando él amagó a buscar un segundo preservativo, Mechi le detuvo suavemente el gesto, lo besó en la mejilla y le pidió un cigarrillo. Se quedaron fumando hasta la madrugada; Pedro tomó un poco de cocaína —ella no tuvo ganas— y le contó detalles de algunos de sus casos más escabrosos. Le gustaba, y se lo dijo, que Mechi no se asqueara ante los detalles, que no se impresionara. Ella

le explicó que las historias de crímenes le daban miedo, pero al mismo tiempo la entretenían. Se fue del departamento de Pedro cuando empezaba a amanecer, segura de que no volverían a tener sexo. Y no se equivocó, pero juzgó mal a Pedro cuando creyó que tampoco volvería a comunicarse. Pedro quiso seguir viéndola, aunque no insistió en acostarse con ella. Aquella primera noche había quedado claro lo que no se animaban a decir en voz alta: que no se gustaban tanto, que lo sabían desde antes de irse a la cama, pero igual quisieron intentarlo, porque estaban solos y los dos habían fantaseado con que ese encuentro podría ser, al menos, el comienzo de una compañía. El enamoramiento sencillamente no había sucedido, pero sí una amistad constante aunque no tan cercana. Al principio Mechí lo llamaba para comentarle sus artículos, y él para informarle la deriva de los casos que a ella le interesaban. Con los años, fueron confesándose relaciones frustradas y pequeñas esperanzas que en general se desvanecían pronto. Pedro cambiaba de novias seguido, Mechí era más solitaria, y aunque rezongaban, ambos sabían que les gustaba más estar solos.

En los últimos años, Pedro había cambiado de especialidad en sus casos policiales. Cansado y un poco asustado después de años de crímenes mafiosos, había empezado a investigar las desapariciones de adolescentes, especialmente de chicas. Terminó encontrando redes de trata de menores y personajes tan sórdidos y temibles como los asesinos narcos. Pero había algo en los terribles viajes de estas chicas –especialmente de chicas, aunque también investigaba desapariciones de varones– que lo

hacía escribir crónicas especiales, muy largas y detalladas, que se comentaban muchísimo y generaban felicitaciones de sus jefes, y hasta aumentos de sueldo.

Casi como una casualidad extraña, mientras Pedro se internaba en prostíbulos de provincia y comisarías oscuras en busca de las chicas ausentes, a Mechí le ofrecían el trabajo en el archivo de chicos desaparecidos del Consejo. Ella aceptó inmediatamente, y lo primero que hizo después de dar el sí y averiguar qué trámites debía hacer para oficializar el pase, fue llamar a Pedro, que recibió el cambio de Mechí con gritos de alegría y muchos “no te puedo creer” que la aturdieron. Empezó a visitarla seguido y cuando el archivo finalmente tuvo el sello del orden y la dedicación de Mechí, se le hizo de consulta obligatoria. Antes de ella era un montón de papeles desordenados a los que nadie les prestaba demasiada atención, salvo los pobres desesperados familiares. En tres meses, según Pedro, el archivo era una joya.

–Boluda, esto es oro en polvo –le decía siempre, mientras pasaba las páginas y copiaba los datos necesarios en su cuaderno de notas–. Le hablo de vos siempre a la fiscal, la tenés que conocer, es una torta que fuma cigarros negros, tremenda voz de chongazo, toda mal teñida, ¡no sabés! Un día de estos almorzamos juntos, ¿dale?–.

La propuesta nunca se cumplía porque Pedro nunca estaba despierto a la hora del desayuno, y además viajaba por lo menos cada quince días, en la ruta de los secuestradores de chicas. Con ayuda del archivo de Mechí y las investigaciones de Pedro ya habían atrapado a uno de los zares de la trata de mujeres y adolescentes, un misionero

afincado en Posadas, con varias salidas liberadas a Brasil y Paraguay, que alcanzaba con sus tentáculos hasta el sur del Gran Buenos Aires. Cuando lo llevaron a juicio y se supieron detalles espantosos, y se entrevistó a las chicas –algunas habían vivido en pleno Palermo, hacinadas en un departamento de un ambiente, no se les permitía ni salir a la calle, para eso tenían una celadora que les traía comida y objetos de primera necesidad; estaban pálidas por el encierro y con los labios resecos–, Pedro se convirtió en una estrella de la televisión, y participó de paneles, noticieros, hasta de programas con living. Se compró una docena de sacos y camisas blancas para su pico de fama, y Mechi pensó qué fácil resultaba la fama y la televisión para un hombre, nada más aparecer con sacos diferentes les garantizaba elegancia; si hubiera sido ella, tendría que haberse comprado doce diferentes vestidos, por ejemplo. Pedro fue sincero y generoso en las entrevistas, y nombró varias veces a Mechi, porque había descifrado gran parte del armado de la red de prostitución cruzando datos, y los de los archivos del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes habían sido claves. Pero a Mechi no la habían llamado para hablar de sus chicos por tele, sólo la entrevistaron de algunos diarios. A algunos periodistas los recibió en la oficina de Parque Chacabuco, y todos comentaron sobre el ruido de la autopista que llenaba monótonamente la oficina. Mechi les dijo que después de un tiempo una se acostumbraba, pero no era cierto, y ellos no se lo creyeron, se les notaba en las sonrisas falsas. “Por lo menos tenés el parque cerca”, le decían, y Mechi tenía que reconocer que era una recompensa por

el traqueteo de la autopista sobre la cabeza. A veces ella aprovechaba la hora del almuerzo para recorrerlo: se comía un sándwich rápido sentada en un banco, o en un bar si no se había traído vianda, y después caminaba un rato. Le gustaba especialmente la parte cercana a la estación de subte, los bancos de un pequeño rosal romántico, con sus glorietas y paseos, que pretendía una elegante decadencia arruinada por el constante paso de autos en la autopista, y los horrendos pilares con forma de gomera. A veces se llevaba algunas carpetas para repasar los nombres y circunstancias de los chicos, llenando mentalmente los puntos suspensivos para inventarles una historia. Le extrañaba que casi siempre la foto elegida por la familia, la misma que solía ser usada en los carteles y los volantes de búsqueda, fuera pésima. Los chicos se veían feos; el lente les tomaba los rasgos de tan cerca que los deformaba, o de tan lejos que los desdibujaba. Aparecían con gestos raros, bajo luces precarias, casi nunca eran fotos donde los ausentes estuvieran lindos.

Salvo por Vanadis. Ella, con su nombre tan extraño. Mechi lo había buscado en un diccionario enciclopédico: era una variante del nombre de la diosa nórdica Freya, deidad de la juventud, el amor, la belleza, y señora de los muertos. Vanadis, desaparecida a los 14 años, era la única verdadera hermosura de todo su archivo. Había más de veinte fotos de ella, muchísimas para el promedio, y en todas era un misterio de pelo oscuro y ojos achinados, los pómulos altos y los labios fruncidos en un gesto de seductora inmadura. Mechi nunca se había obsesionado con uno de los chicos, pero con Vanadis es-

taba cerca. Algo en su historia no encajaba, además: la habían encontrado prostituyéndose en Constitución, en una zona donde reinaban las travestis y en general no trabajaban mujeres, y mucho menos chicas jóvenes, nadie de su familia quiso hacerse cargo de ella cuando intervinieron los asistentes sociales, y la encerraron en un instituto de menores, del que se escapó. Nunca más se supo de ella. La familia no parecía interesada en encontrarla. Los que a veces aparecían con datos eran sus amigos de la calle. Otros chicos que la idolatraban, puesteros, taxistas que empezaban su recorrido de madrugada, jóvenes que atendían las pancherías y hamburgueserías abiertas las 24 horas, quiosqueros, otras prostitutas, algunas travestis. Algunos se presentaban en la oficina y contaban sobre Vanadis, pero otros dejaban cartas, pequeñas anécdotas escritas, hasta corazones dibujados o cintitas rojas para regalarle si ella aparecía. En muchos casos Graciela los grababa: después le pasaba el cassette a Mechi –no había forma de que entendiera cómo funcionaba un MP3– y ella los desgrababa. Esas voces después la acompañaban en el subte, cuando volvía a casa. El archivo de Vanadis era grueso y resultaba difícil cerrar la carpeta. Tanto que una tarde, en el horario del almuerzo, a Mechi se le cayó una de las fotos cerca de la estación Emilio Mitre. Cuando corrió a buscarla, porque había viento y temía que se volara, vio por un instante esa cara sobre la vereda, y pensó que nada malo debía haberle pasado a Vanadis, la chica que se parecía a Bianca Jagger pero había nacido en Dock Sud, porque nada malo le pasaba nunca a las diosas, ni aunque fueran tan tristes y callejeras.

Cuando Vanadis se prostituía cerca de Constitución, solía cruzarse con los chicos de la cárcel. No se trataba de presos: eran chicos, varones y mujeres –algún que otro adulto también– que ocupaban las ruinas de la cárcel de Caseros. Se suponía que esas paredes debían haber sido demolidas hacía años, pero seguían ahí, enormes y peligrosas, y a nadie parecía importarle salvo a los vecinos. De a poco se había ido llenando de chicos adictos, en general a la pasta base, pero también al pegamento y al alcohol. Los chicos adictos expulsaron a las familias pobrísimas y los sin techo que habían elegido las ruinas para asentarse. Nadie podía vivir donde los chicos adictos vivían. Había peleas, muertes por sobredosis, *dealers* asesinados y asesinos, robos, una mugre abismal. Nadie se atrevía a pasar cerca, el barrio que rodeaba las ruinas se iba muriendo de

a poco. Los chicos adictos solían abandonar las ruinas al atardecer, para pedir plata por los alrededores.

Una chica del Moridero de Caseros –así había llamado un canal de televisión a las ruinas, y el nombre macabro resultó y acabó siendo el usado habitualmente para referirse al lugar– se acercó un día hasta el Centro de Gestión y Participación de Parque Chacabuco y dijo que quería contar lo que sabía de Vanadis. No quería ir a la policía ni al juez, le dijo a Graciela, porque estaba hasta las manos y no quería ni caer presa ni rehabilitarse. Se quería morir en la calle, no le importaba nada, tenía las piernas y los brazos llenos de llagas y había perdido dos embarazos entre las ruinas de Caseros, no sabía quiénes eran los padres de sus hijos no nacidos, intuía que debían haber sido otros adictos, ella no se acordaba. Y seguramente se había acostado con ellos por plata, para otro paco, porque a ella le gustaban las mujeres. El testimonio no registraba el nombre porque no quiso darlo, pidió que la anotasen como la Loli. Graciela decía que la Loli apesta, que tenía la ropa tan sucia que tanto los jeans como la remera que llevaba parecían marrones, y se le escapaban los dedos de los pies fuera de las zapatillas. Decía que tenía algo de loba, por lo flaca, con los dientes y la mandíbula sobresaliendo de la cara como las fauces de un animal. Y que le había contado la historia de su vida antes de hablar de Vanadis sólo porque no paraba de hablar nunca, nomás para respirar con un sonido áspero. Era la primera vez que Graciela veía a una persona moribunda pero caminando, a una persona cuya mente no registraba la muerte del cuerpo. La había impresionado mucho.

La Loli contó que una noche había salido desesperada del Moridero. No tenía un mango, le dolía todo, no podía pensar, necesitaba plata. Se fue para el lado de Constitución pero con cuidado, porque no quería que la viera ningún policía ni quería pedirle plata a las travestis, que le pegaban a chicas como ella. Tenía que encontrar a alguno que estuviera esperando el colectivo, o nomás caminando por ahí, yendo al kiosko o de vuelta a casa. Tenía el pico roto de una botella escondido en el bolsillo de la campera.

Pasó como una hora, le pareció, y no se cruzaba con nadie que diera para el arrebato. La gente común ya no andaba a esa hora por el barrio, sabían que se ponía peligroso. Y cuando ya estaba perdiendo las esperanzas, la vio a Vanadis. Ella estaba muy loca pero en seguida se dio cuenta de que no era una travesti. Se le acercó de atrás y le apoyó el filoso pico de la botella en la espalda. Vanadis se dio vuelta muy rápido, casi de un salto, estaba mucho más alerta de lo que la Loli creía. Se miraron y Vanadis cedió sin que hiciera falta volver a amenazarla. Le dio treinta pesos, y le dijo: “Pero ahora no me pedís más por quince días, ¿okey? No me rompés las pelotas. Acordate que te di, no seas rata”.

La Loli salió corriendo con la plata y con una sensación extraña: no sentía que le había robado a esa chica. Si esa chica le hubiera dicho no te doy nada, Loli se hubiese ido sin apretarla más. No entendía por qué, si ella estaba tan desesperada por la plata, pero era así: la hubiera dejado en paz.

Unos días después –Loli no se acordaba cuándo,

el tiempo no contaba entre los del Moridero— la vio otra vez. Vanadis le dijo: “Ni se te ocurra pedirme, eh, acordate”. La Loli se acordó, y cuando Vanadis le sonrió, se enamoró. Le preguntó si podía quedarse cerca y Vanadis dijo que sí. La Loli le contó su vida, le habló del Moridero y Vanadis se preocupó, ella no se drogaba, le parecía tan triste lo que hacían. Le dijo a Loli que quería verlo, quería visitar el Moridero, pero la Loli se negó a llevarla, era demasiado peligroso y además no quería que viera el terrible lugar donde vivía. Esas noches, cuando fumaban cigarrillos juntas entre cliente y cliente de Vanadis, la Loli pensó que podía dejar el paco, volver a comer, ir al hospital que era gratis para curarse todo lo que seguramente tenía hecho mierda, y confesar su amor; capaz que ella la correspondía, estaba lleno de putas tortas, ella había conocido un montón y hasta había tenido una novia puta antes de empezar a fumar paco.

Le contó a Graciela que Vanadis trabajaba muchísimo. Seguramente les sacaba trabajo a las travestis, pero por alguna razón la dejaban laburar tranquila, nadie la molestaba. Loli ni veía a los tipos que siempre estaban adentro del auto y de noche, pero Vanadis, que hablaba poco y casi nunca de sus cosas —jamás mencionaba a su familia, su casa, nada anterior a la vida en la calle; si Loli le preguntaba Vanadis nomás le sonreía y cambiaba de tema— le contó acerca de un par que eran “raros”. Eso quería venir a contar Loli: porque cuando Vanadis se escapó del instituto y desapareció, ella creía que a lo mejor se la habían llevado esos tipos raros. Además cuando ella se enteró que Vanadis había desaparecido —se lo contó

una travesti—, Loli se dio cuenta de que no iba a dejar nunca el paco y que se iba a morir en Caseros, que esa pendeja era la última puerta y se había cerrado. Entonces quería contarla para no morirse tan al pedo.

Los tipos raros se la levantaban juntos y la llevaban a un hotel de por ahí cerca, casi enfrente de la estación. Mientras uno se la cogía el otro filmaba, y se turnaban. La hacían hacer cosas normales: chupar pija, el culo, tirada de goma, garchar común. Nomás la filmaban. Vanadis les había preguntado qué hacían con los videos y ellos contestaron que eran para ellos, que no andaban en nada raro, que los miraban entre ellos. Vanadis no les creía, y Loli tampoco. Cuando les insistió mucho con que le contaran, dónde iban a parar los videos, a Internet o qué, ellos le dijeron que si decía algo la mataban, que era una pendeja de la calle, a quién le importaba un carajo algo de ella. Vanadis no peleó, y siguió haciendo los videos, pero les tenía miedo aunque no se hiciera cargo, Loli se daba cuenta, aunque siempre le negó todo, decía que eran dos pelotudos y que igual a ella no le importaba que pusieran sus videos en Internet o los vendieran, le daba lo mismo. Ellos, claro, le pagaban más que los clientes comunes, y con eso le alcanzaba.

Loli se había enterado de la llegada de los asistentes sociales y la policía a Constitución cuando Vanadis estaba internada en el instituto. Esperó que volviera, y después de un tiempo larguísimo —le parecían años— la travesti le dijo que había desaparecido. Y eso la mató, decía la Loli, me mató. A lo mejor la mataron también a ella. Era hermosa esa nena, era lo más lindo que vi en mi vida.

Todos coincidían en lo hermosa que era Vanadis, sobre todo en su perfil de MySpace –era notable cuántos de los chicos desaparecidos dejaban perfiles de Facebook y MySpace detrás, que quedaban inmóviles, como lápidas, sólo visitados por un puñado de sus cientos de amigos y algunos familiares que seguían dejando mensajes con la esperanza de recibir una respuesta.

El perfil de Vanadis había sorprendido a Mechi. Seguía teniendo mensajes nuevos, casi todos los días. Había muy poco acerca de ella, sin embargo. Una foto extraordinaria, tomada con celular: ella llevaba el pelo recogido, bien tirante, y se le veía la cara entera, con los labios gruesos y una sonrisa suave. Había completado la información solicitada con una extraña mezcla de verdad y fantasías macabras –era fan del heavy metal y las películas de terror-. Se presentaba como Vagabunda de la Noche, se describía como “el gusano que vive en cada muerto” y declaraba 103 años. El casillero de “En cuanto a mí” lo había dejado vacío, y en “A quién quiero conocer” había puesto: “A todos”.

El resto era así:

Intereses

General: Ahora no tengo tiempo, más tarde

Música: metal!!!

Películas: el juego del miedo, el exorcista, los otros, las japonesas

Televisión: no tengo hace mal!!!

Libros: jaja

Héroes: mis dedos

Grupos: marilyn manson, slipknot, korn

Sus datos

Estado civil: no tengo

Vengo a: amigos

Orientación sexual: bisexual

Ciudad natal: mundo subterráneo

Medidas: 1,60 re flaca!!!

Etnia: ?

Religión: nada

Signo: escorpio

Bebo/fumo: si y si

Hijos: pobres chicos

Formación: ?

Sueldo: jaja

Tenía 228 amigos y 7.200 mensajes: “ojalá aparezcas amiga linda te quiero!!!!”, “hermosa, te quiero volvé se te extraña acá”. Algunos de los amigos tenían perfiles propios, pero pocos los habían llenado. Salvo Cero Negativo, un tatuador que tenía un extenso perfil lleno de fotos de su trabajo, entre las que había varias de Vanadis, porque le había tatuado dos alas sobre los omóplatos y una lágrima en la nuca –al menos esos eran los trabajos sobre la piel de la chica que él exhibía-. Pero en el perfil de Vanadis dejaba mensajes al menos una vez por semana: algunos eran cortos (“decime dónde estás muñeca”, “si alguien te hizo algo lo mato”) y otros muy largos, hasta el límite de palabras permitidas para un mensaje: “nena bruja, no me olvido más de vos y de lo que me contaste, te busqué anoche por todos lados en constitución y en patricios hasta me metí en la cárcel y

casi me afanan si empezaste a fumar esa mierda te cago a trompadas pero yo te salvo eh decime dónde estás me parece que no estás muerta la otra noche viniste en un sueño me flotabas arriba de la cama yo estaba en pelotas boca arriba y flotabas con alas de verdad como las que te hice y tenías los ojos más raros como plateados, me hacía acordar a cuando venías acá y me contabas que tenías que dormir tapada aunque hiciera calor porque sentías que a la noche te tocaban unas manos, tenías sueños recontra locos y a veces te hablaban en el oído y no te dejaban dormir, te busqué también en hospitales no estarás loca por ahí? A veces parecías re loca mi amor me fui a open door y al moyano pero no estás en ninguna parte me voy a volver loco”.

Mechi le preguntó a Graciela si alguna vez había aparecido este tatuador a dejar información, le dijo el nombre del chico pero no, nunca había venido. Mechi le creía, le parecía enamorado de verdad, y le daba tanta lástima que a veces pensaba en romper con su promesa de no involucrarse con los chicos más que a través del archivo y tenía ganas de ir a visitar al tatuador e invitarlo a que explicara mejor de qué se trataban esos sueños y esas voces, pero finalmente se decidió por la distancia. Le parecía injusto con los demás chicos la atención especial que le prestaba a Vanadis, y prefirió, como siempre, dejarlo estar.

De aquel ruidoso caso del misionero que regentaba el tráfico y la explotación de menores para prostitución había pasado un año, y salvo los éxitos individuales, las apariciones de algunas chicas (la mayoría eran chicas, Mechi se asombraba, tantas chicas), la oficina seguía con su ritmo habitual, angustioso pero rutinario. Pedro había vuelto a sus mapas marcados con los recorridos de las chicas secuestradas –solía seguir sus rastros gracias a inscripciones que ellas mismas dejaban en baños de estaciones de servicio y hoteles, “Soy Daiana, mamá estoy viva secuestrada te quiero ayuda”–. Cada quince o veinte días visitaba a Mechi y su archivo. Tomaba notas y cuando Graciela no lo veía, sacaba fotocopias de las páginas que necesitaba. Mechi, sin embargo, prefería tener las reuniones con él en el bar. En la oficina resultaba incómodo porque Pedro gritaba todo el tiempo, y más después de

unas cervezas. Cuando se habían conocido, él ya era un poco así, excitante, siempre fumando mucho, atendiendo sin parar el teléfono. Pero ahora tomaba demasiado y se emborrachaba rápido. A Mechí le daba vergüenza, y sentía un poco de repugnancia cuando veía las gotitas de saliva que salían disparadas de la boca de Pedro con cada carcajada. Pero a veces también la hacía reír. Y le gustaba tomarse una cerveza con él sobre el pasto del parque, como si fueran dos adolescentes, mientras discutían sobre el porqué de esas fotos tan feas, o de la cantidad de remiseros que se escapaban con menores, o de si los chicos secuestrados salían del país por Paraguay (como sostén la Defensoría) o por Brasil, como sospechaban los investigadores de organizaciones no gubernamentales y los periodistas.

Las cosas siguieron bastante igual hasta que un día Pedro apareció con un dato, según él, fabuloso. Una de sus “fuentes” –nunca le explicaba a fondo a Mechí quienes eran sus informantes– vendía el video de una chica menor que estaba denunciada como desaparecida. La habían filmado con celular: la chica estaba envuelta en una frazada, o metida adentro de una bolsa de dormir, o algo parecido, y se suponía que debía permanecer oculta. La chica estaba muerta, y lo que pasaba en ese video de celular era que, por un mal movimiento, mientras la sacaban por una puerta para subirla a una camioneta, la envoltura se caía y se veía perfectamente su cara que quedaba al descubierto. Pedro iba a pagar por ese video, y lo que le pedía a Mechí era poder chequear después su archivo, para ubicar a la chica de la película, si es que

estaba ahí. Mechí escuchó en la voz de Pedro la misma excitación que lo había euforizado cuando investigó el caso del misionero. Le dijo que sí, que después de ver el video –ella no quería verlo en absoluto, aunque Pedro le ofreció una copia– se viniera para la oficina a revisar el archivo. Pedro llamó a última hora de un lunes, y llegó agitado, con olor a subte y gotas de sudor en la frente, como si fuera pleno verano y no agosto en Buenos Aires.

–Qué haces Mechita de mi vida. Es fuertísimo el video. Se ve como el culo, todo pixelado, y no me sirve para un carajo, porque de la camioneta adonde suben a la piba no se alcanza a ver la patente, todos los quías tienen la cara tapada en plan pasamontañas, la casa podría ser cualquiera y la calle delata un Gran Buenos Aires todo mal, puede ser cualquier parte. Pero a la piba se la ve perfecto. La revolean como si quisieran mostrarla; no sé si el tipo del celular lo filma a propósito, porque no tiene audio, pero la mueven un toque de acá para allá, se cae el envoltorio y se le ve toda la cara. Entonces hay como un primer plano, qué enfermos hijos de puta, y se le cae un brazo, bien flojo, así, cruzándole el pecho.

–¿Está muerta?

–Se la ve mal, pero dura no está, ni tiene la cara golpeada. Podría estar drogada, borracha, dormida. Me parece que compré gato por liebre. Pero sí, también podría estar muerta. El video dura 30 segundos, se le ve la cara unos 10, no se puede saber. Una pendeja divina, eso sí. Divina. Hermosa, una modelo parece.

Mechí sintió que ahora ella también transpiraba, y que el estómago se le endurecía y las mejillas le ardían

como cuando se daba cuenta de que estaba cruzando una avenida con luz roja por estúpida, porque llevaba puestos los auriculares y no prestaba atención. No le había contado a Pedro sobre su obsesión con Vanadis. No quería preguntarse por qué, pero sabía que le daba vergüenza, o culpa. Entonces, justo ahora, no podía demostrar lo segura y conmocionada que se sentía. Se dio vuelta para que Pedro no pudiera verle la cara y buscó el archivo de Vanadis, lo abrió y le preguntó a Pedro si era ella. Es ella, le contestó Pedro sin dudarlo, y se sumergió en la carpeta, una de las más frondosas que había revisado. Pero después de dar vuelta tres páginas, levantó la cabeza.

—¿Cómo sabías que era esta chica la del video? Digo, ni dudaste, ¡me pasaste este archivo al toque!

—Es de casualidad.

—¿Qué cosa de casualidad? Mechi, no te hagas la misteriosa, nena, contame.

—Estuve hojeando esa carpeta el otro día, a veces me aburro... Y bueno, justo leí una de las entrevistas que hay ahí, con una amiga de la calle de Vanadis, se llama Vanadis esta chica, donde ella cuenta que la filmaban dos tipos, dos tipos que se la cojían. Está todo ahí, la piba se prostituía en Constitución.

Pedro estaba entre boquiabierto y contento. Quién es la amiga, quiso saber, y entonces Mechi le contó de la ex cárcel de Caseros. Pedro se ponía cada vez más contento, y ella sintió un leve enojo como siempre que su amigo veía la oportunidad de una nueva investigación que lo ayudara en su carrera, y ésta era inmejorable: el Moridero, la chica adicta y lesbiana, la chica hermosa a la

que le gustaban los zombies. Mechi dejó que el malhumor se desvaneciera: entendía que era imposible pedirle otra actitud a Pedro. Entonces le dio la dirección del MySpace, le habló del tatuador y lo dejó, después de dos minutos de ruegos, fotocopiar todo la carpeta de Vanadis, entera; se quedaron después de la hora de cierre de la oficina haciéndolo, mientras los autos pasaban sobre sus cabezas y afuera se hacía de noche. Antes de salir, Pedro le preguntó otra vez si quería ver el video. Ella le dijo que no, y también le dijo, con el resto de enojo que le quedaba, que debería llevárselo a la fiscal a la mañana siguiente. Pero él no estaba seguro. Sabía que no correspondía quedárselo, pero quería seguir investigando. Ahora, además, tenía tanto material. El video solo no demostraba casi nada, pero con más datos, que pensaba sacarle a su informante y posiblemente a alguno de los amigos de Vanadis que podría rastrear gracias a la carpeta, armaría una mejor nota, y le ofrecería algo más sólido a la fiscal. Mechi lo escuchó justificarse sin decir nada. Le parecía mal que Pedro no entregara el video inmediatamente a la justicia, era lo que debía hacer. Pero no podía posar de alma bella: tenía muchas ganas, se moría por ver ese video de celular, y esa curiosidad mórbida no era exactamente un ejemplo ético. Pedro no volvió a insistir con mostrárselo, y ella no le pidió verlo, tampoco. Pudo aguantar. Pedro se despidió en la escalera del subte con un beso: la llamaría al día siguiente. Su plan era buscar a Loli en las ruinas de la cárcel de Caseros a la tarde temprano, después charlar con algunas de las travestis que recién saldrían a trabajar al atardecer, y a lo mejor incluso contactar al tatuador

enamorado. Ella dijo que esperaría la llamada a la noche, que dejaba encendido el celular. Pero lo apagó, y desconectó el teléfono de línea para poder dormir mejor. No lo logró: se despertó varias veces por noche sobresaltada, con el pecho transpirado. A la mañana, cuando tomaba su café del desayuno, no se acordaba de qué se trataban las pesadillas, pero sí recordaba vagamente la figura de una niña desnuda con la espalda llena de sangre, una especie de angelita con las alas arrancadas.

Mechi pasó una mañana inquieta, mirando de reojo su celular a pesar de que esperaba el llamado de Pedro para la noche. Salió a almorzar un poco más temprano de su horario habitual, y decidió ir a un bar que quedaba del otro lado del parque, para cambiar un poco, para distraerse. Pero no llegó a cruzarlo del todo. Cuando estaba subiendo los escalones de la fuente principal del Parque Chacabuco, que ese mediodía no estaba encendida, Mechí vio a Vanadis sentada en uno de los escalones. No tuvo ninguna duda. Era la chica, vestida igual que en una de las fotos de su MySpace, la única en que se la veía de cuerpo entero. La había reconocido por eso precisamente, por la ropa: fue como ver una foto en tres dimensiones. Las botas de media caña negras, la pollera de jean, las medias negras, el pelo oscuro y pesado. Pensó que era pura sugestión, pero solamente lo pensó, porque

estaba totalmente segura, se lo decían las náuseas en el estómago y el temblor en las manos. Se acercó a la chica lentamente: ella no la miraba. Finalmente se le puso enfrente, para que ella le prestara atención.

—¿Vanadis? ¿Sos Vanadis?

—Sí, hola, qué tal —le respondió la chica, que claramente no estaba muerta, que no podía ser la del video que había conseguido Pedro porque sonreía muy viva bajo el sol, con una sonrisa que mostraba dientes torcidos y amarillos, la única perturbación de su hermosura, que sin embargo nunca se veía en las fotos, a lo mejor porque se reía poco y rara vez abría la boca.

Mechi no sabía cómo seguir. La chica no le hablaba. Tuvo miedo de que se levantara y se fuera, de que se le escapara. Entonces le pidió que la acompañara, por favor, y la chica accedió. En ese primer encuentro no pudo interrogarla, nada más se aseguró de que la siguiera hasta la oficina, donde las recibieron los aullidos de alborozo y extrañeza de Graciela y María Laura, que enloquecieron de alegría cuando se enteraron de quién era la chica. Le ofrecieron a Vanadis capuchino de máquina, y ellas sí fueron capaces de acosarla con preguntas que la chica contestaba sobre todo con inclinaciones de cabeza y con muchos “no me acuerdo”. “Está shockeada”, dijo Graciela mientras marcaba el número de la Fiscalía y después el de la madre de Vanadis. En veinte minutos la oficina estaba superpoblada, y encima con la parentela de Vanadis a puro desmayo, llanto y grito, en un reencuentro de jolgorio demencial. Una cosa rara, pensó Mechi, porque durante el año entero que Vanadis pasó desaparecida ni

siquiera llamaron y antes, cuando estaba en el instituto, ni la visitaron. Sin contar con que no la habían sacado de la calle cuando la chica se prostituía a los 14 años. Se lo sugirió a Graciela, que la miró con expresión de “qué bruta y desalmada sos”. Dijo, didáctica: “La gente reacciona al trauma y la pérdida de diferentes maneras. Hay familias que se obsesionan y buscan sin parar; otros hacen como que no pasó nada. Eso no quiere decir que no quieran a sus hijos”. Graciela, siempre con su estilo de psicóloga social en indignación permanente, y sus explicaciones sencillas pero arrogantes. Mechi se alegró, una vez más, de trabajar apartada de ellas, de no haber intentado nunca que fueran sus amigas, y mucho más de no ser uno de los pobres familiares que debían sentarse ante su escritorio y escucharla.

Con el tumulto, se olvidó de llamar a Pedro. Lo hizo ni bien Vanadis y la familia partieron en auto hacia Tribunales para aportar lo que hubiera que aportarle a la causa.

—No sabés lo que pasó.

—¡Jal! Vos no sabés lo que pasó acá. No pude ir a Constitución a ver lo de Vanadis, ni a la cárcel ni nada, me llamó mi editor recontra loco para mandarme acá...

—¿Acá adónde? Pará, Pedro, esto es más...

—Estoy en el Parque Rivadavia, en Caballito. Una mujer reconoció a un pibe desaparecido, estaba mirando películas en uno de los puestos. Un tal Juan Miguel González, de 13 años...

—Pedro, pará que...

—No, ¡dejame terminar que es una locura! No

puedo creer que no te enteraste.

—Es que acá también estamos con...

—¡Pará! La mujer se le acerca al pibe, lo conocía de antes, le dice Juan Miguel, ¿sos vos?, y el pibito dice que sí. Entonces la mujer llama por celular a la familia, desde ahí mismo, desde el parque, ¡y la madre del pibe empieza a los gritos, diciendo que su hijo ya apareció, pero apareció muerto, hace tres meses! ¿Vos te acordás de este caso? ¡Fue famoso, salió en la tele, un despelote total! El del pibito que se cayó abajo del tren. Escuchame una cosa: la madre no quiso venir a ver al pibe este que apareció en el parque, porque le agarró un ataque. El padre, más duro, sí que vino. A todo esto al pibe lo tenían en una comisaría, ahí me mandó el editor, a él lo llamó la cana directamente. El padre llega, ¡y dice que es su hijo! Yo tengo la cabeza a mil y no te voy a mentir, estoy cagado en las patas mal, mal en serio, ese pibito estaba muerto, el tren le cortó las patas pero no le tocó la cara, es la misma cara, es el mismo pibito.

—Pedro...

—¡Encima con el video que encontré ayer, es una cosa de locos!

—Pedro, Vanadis apareció acá, en el Parque Chacabuco.

—¿Qué cosa?

—Vanadis, la del video...

—¡Ya sé cuál Vanadis, boluda, encima con ese nombre más raro que la mierda! ¿Cómo que apareció!

—La encontré yo, en unas escaleras del parque, esas que están cerca de la fuente.

—Me estás jodiendo.

—Cómo te voy a estar jodiendo, qué pelotudo.

—¿Y ahora dónde está?

—Fueron a Tribunales, está con la familia.

—¿Y es ella?

—Es. Está rara, pero es.

—No puede ser, no puede ser. Esperá que me entra otro llamado, te llamo en un rato, ¿vas a estar ahí?

Las semanas siguientes se llegó a la histeria, y se fue un poco más allá. Los chicos que faltaban de sus casas empezaron a aparecer, pero no en cualquier parte: aparecían en cuatro parques grandes de la ciudad, el Chacabuco, el Avellaneda, el Sarmiento y el Rivadavia. Se quedaban ahí, dormían uno al lado del otro por la noche, y no parecían tener intenciones de irse a ninguna parte. Incluso había bebés, presuntamente esas víctimas de secuestro parental, aunque también podían ser criaturas robadas de hospitales, de maternidades. Los familiares enloquecidos los venían a buscar sin pensar demasiado en lo raro del caso, en lo inquietante de que todos los chicos volvieran al mismo tiempo. Los primeros en irse de los parques fueron, obviamente, los bebés. Entre los chicos grandes reinaba el silencio. Ninguno decía mucho, ni parecía querer contar dónde había estado. Tampoco pa-

recían reconocer a las familias aunque se iban con los que los venían a buscar con una mansedumbre que resultaba todavía más espeluznante.

Nadie sabía qué decir, tampoco, y circulaban hipótesis descabelladas. Como los chicos no hablaban, no se podía afirmar que una organización criminal los había soltado a todos juntos, por ejemplo, pero había diarios que sostenían esta posibilidad. Incluso hubo redadas policiales, con detenidos que gritaban a cámara su inocencia, probablemente verdadera. No había evidencias para acusarlos de algo con respecto a estos chicos. Pocos de los investigadores, funcionarios y periodistas tenían la honestidad de Mechi o Pedro: ellos sinceramente no tenían idea de lo que pasaba, no podían explicarlo; solamente sabían que les daba mucho miedo.

Después del desconcierto eufórico de la primera semana, el escalofrío fue decantando. Sucedió que la primera semana los “recuperados” fueron casos normales. Excepto, claro, el caso del niño Juan Miguel, el muerto atropellado por el tren. Los medios habían decidido que padre y madre de Juan Miguel eran pobres y borrachos, por lo tanto poco confiables, y que se habían confundido de chico. La gente, para tranquilizarse, aceptó la versión. El resto de la primera semana, entonces, todo transcurrió en relativa normalidad: chicos y chicas que habían desaparecido recientemente, de familias más o menos estables, sin señales de violencia. Casi finales felices. Pero al promediar la segunda semana, se fue instalando un miedo sordo que nadie se animaba a vocalizar por temor a que los ecos no terminaran nunca. Uno de los detonantes fue

el caso de Victoria Caride. Una chica estudiante de Ciencias Económicas, una de las pocas desaparecidas de clase media alta, de quien se decía que había sido secuestrada por una red de trata de mujeres, o que había sufrido un brote psicótico cuando dejó de tomar sus antidepresivos, o que había huído con un hombre casado. El caso de Victoria era un misterio, una chica que había salido a comprar galletitas y nunca había vuelto; una chica prolija, con amigos, dinero, una carrera universitaria y dilemas morales que canalizaba trabajando en un comedor comunitario. Había desaparecido hacia ya cinco años, y casi se habían perdido las esperanzas de encontrarla. Pero ahora había aparecido en Parque Avellaneda, cerca de la estación del trencito antiguo que le daba vueltas al predio, sentada en un banco mirando hacia la mansión que había sido casco de estancia. Su familia se alborozó y ni bien la vieron por televisión –había un móvil en cada parque, día y noche– vinieron a buscarla y se la llevaron estrujándola en un abrazo de lágrimas y mocos.

Ni ellos ni nadie, en ese momento, se atrevieron a decir que Victoria, físicamente, no había cambiado en nada en esos cinco años de ausencia y que tenía la misma ropa del día de la desaparición, incluso la misma hebilla en el pelo para su cola de caballo de enrulado pelo castaño.

El segundo caso resultó aun más difícil de explicar: Lorena López, una chica de Villa Soldati que había escapado de su casa con un remisero, y lo había hecho embarazada de cinco meses, apareció en el Rosedal de Parque Chacabuco, embarazada de cinco meses. Había estado desaparecida un año y medio. Los médicos gine-

cólogos confirmaron que ése era su primer embarazo. ¿Y entonces? No habrá estado embarazada cuando se fue, se habrá tratado de un error, a lo mejor la chica mintió –el remisero no apareció para confirmar o negar nada, y hacía bien, porque iría directo a la cárcel por acostarse con una menor–, o los médicos se equivocaban, cómo podían estar tan seguros. Lorena volvió a Soldati, pero en quince días sus padres la “devolvieron” al juzgado de menores que le correspondía. Pedro había visto la entrega. La madre, le contó a Mechi, le había dicho a la jueza: “Yo no sé quién es esta, pero no es mi hija. Me equivoqué. Se parece mucho, pero no es mi hija. Yo parí a Lorena. La reconocería en la oscuridad, sólo por el olor. Y esta no es mi hija”. La jueza ordenó un ADN, y se estaban esperando los resultados cuando apareció abajo del monumento a Bolívar en Parque Rivadavia, charlando con otros chicos, uno de los escapados más famosos, el Guachín o Súper Guachín; nombre verdadero: Jonathan Ledesma. Guachín era un escapista crónico y un ladróncito precoz: a los 12 años, se había ido diez veces de su casa –en Pompeya– y había logrado violar la seguridad de dos institutos de menores. La gente lo veía por todas partes, porque Guachín andaba por la calle y arrebataba en los semáforos de la 9 de julio, pero nadie había conseguido localizarlo el tiempo suficiente para que fuera restituido. Además, pasaban largas temporadas sin que se supiera de su paradero en absoluto.

El caso de Guachín estaba cerrado, sin embargo. Hacía un año se lo había llevado por delante un camión en Puente la Noria. Se había caído sobre el asfalto ma-

reado de bolsear. Las ruedas del camión le pisaron el pecho, y no pudieron salvarlo. Pero la cara había quedado intacta, igual que la cara de Juan Miguel, el chico del tren. Y era la misma cara de las fotos y era la misma de este Guachín que estaba en el Parque Saavedra, sólo que no era posible que Guachín estuviera ahí con los otros aparecidos, porque Guachín estaba muerto.

Hasta Guachín, Mechi se había aguantado seguir trabajando en la oficina debajo de la autopista, se aguantó ser parte del Consejo de los Derechos de Niños, Niñas y Adolescentes. Pero cuando Guachín apareció vivo y sin las costillas clavadas en los pulmones –ella había visto las fotos de la sangre en el pavimento, mezclada con algunas tripas–, y después otro chico que desapareció a los 8 años apareció de 8 años a pesar de que faltaba hacia seis –así que debía tener 14, debía ser un adolescente y no un nene–, Mechi se dio cuenta de que no podía soportar más, ni a los padres que primero se alegraban y después se aterraban, ni las noticias sobre internaciones psiquiátricas ni las miradas de los chicos desde el parque, sentados sobre el pasto, en las escaleras, en los juegos infantiles, jugando con los gatos y hasta tratando de meterse en la piletta. Ella acomodaba archivos, ella no podía explicar este regreso sobrenatural, ella quería volver el tiempo atrás.

Mechi tenía decidida la renuncia cuando invitó a Pedro a comer esa noche. Había desconectado el cable para no seguir escuchando la histeria sobre los chicos que volvían por televisión. Con Internet le bastaba: podía pasar horas leyendo noticias y teorías, visitando los foros pero jamás participando para no enloquecerse. Había entrado varias veces al MySpace de Vanadis. Los mensajes se habían interrumpido repentinamente, excepto los de Cero Negativo, el tatuador. El último, que había dejado hacía ya varios días, decía: "Te voy a buscar esta noche".

La mudanza también la preocupaba. No tenía dinero para alquilar otro departamento, no había ahorrado —su sueldo tampoco se lo permitía—, así que debía volver a la casa de sus padres. Ya lo había consultado con ellos, que parecían encantados ante su regreso. Le daba lástima dejar el departamento. Tenía una hermosa bañadera que

jamás había usado porque debía arreglarle una filtración y no había encontrado el tiempo o las ganas de llamar a alguien para que hiciera el trabajo. En otro momento, el dueño, que era muy quisquilloso, seguramente rezongaría por el variado deterioro del lugar que Mechi llevaba alquilando casi dos años: los agujeros en las paredes, desde el balcón hasta la habitación, hechos para que pudiera pasar el cable y ella se echara a mirar televisión en la cama; la mancha gris en la pared blanca sobre la computadora, que alguien le había explicado era normal –el calor de la máquina, el ventilador, algo así– pero que quedaba horrible y ella había empeorado tratando de limpiarla con agua; otra mancha que era un desastre: la de vómito color vino tinto en el pasillo camino a la habitación, resultado de una madrugada de borrachera y olvido. Mechi se acordaba de un chico que la había acompañado hasta la puerta del edificio, al que no había dejado entrar, y hasta de haber comprado Migral para el dolor de cabeza y una Coca Cola para la resaca en el kiosko, pero nunca había podido acordarse de ese vómito que encontró cuando se despertó la mañana siguiente, con una migraña radiente y toda la ropa puesta, incluso las botas. Encontró ese vómito ahí, apestando, y las llaves del lado de afuera de la cerradura. Por suerte nadie se las había llevado, por suerte ni sus vecinos se habían dado cuenta, porque de paranoicos habrían llamado a la policía.

Pero era posible que el dueño no le dijera nada. Incluso era posible que ni siquiera le cobrara los últimos meses de alquiler. La gente se comportaba de maneras muy extrañas desde que los chicos habían vuelto, con una

indolencia depresiva, evidente en las miradas perdidas de los kiosqueros que se dejaban robar alfajores como si no les importara o en los empleados del subte que, si uno no tenía cambio, dejaban pasar gratis. Había una calma asordinada en todas partes, gran silencio en los colectivos, menos llamados de teléfono, la televisión encendida hasta tarde en los departamentos. Pocos salían y nadie se acercaba a los parques donde vivían los chicos. Ellos seguían sin hacer nada, solamente estaban allí. A meses del primer regreso, algo se había hecho evidente para la gente: los chicos no comían. Al principio había quienes les llevaban fruta y pizza y pollo al horno, y ellos aceptaban con una sonrisa, pero nunca comían delante de las cámaras ni de los vecinos que les acercaban la cena. Con el tiempo, algún camarógrafo más osado, y algunas personas con camaritas, comenzaron a registrar los hábitos diarios de los chicos. Dormían, eso sí, pero no comían, ni bebían. No parecían necesitar agua para lavarse, tampoco, por lo menos nunca se bañaban, solamente jugaban con el agua de las piletas públicas, las fuentes y los estanques que tenían los parques. Nadie quería hablar de eso, porque era indecible que los chicos no se alimentaran. Incluso pareció descender una sensación de tranquilidad cuando un comerciante de Parque Avellaneda aseguró que los chicos habían entrado a su supermercado de noche y se habían llevado montones de latas y lácteos. Pero después resultó que había sido un robo común, y los jóvenes responsables vivían en los monoblocks cercanos. Cuando se desmintió lo del supermercado, la ciudad volvió a contener el aliento, volvió a su espera insomne.

Pedro llegó puntual: habían quedado a las 10, y a las 10 estuvo. Era raro que llegara a horario, no solamente porque él era impuntual sino porque el diario solía retenerlo con cuestiones de último momento. Ya no: estaba en animación suspendida, como casi todo lo demás. Otro ejemplo era el chico del *delivery* que les trajo la pizza: tocó timbres de otros departamentos antes de dar con el de Mechí, pidió disculpas entre dientes diciendo que se le había perdido el papelito donde tenía anotado el número de piso y casi se fue sin darles el cambio, pero no para quedarse con la plata, sino porque no estaba prestando atención.

Mechí le comentó a Pedro la actitud del chico del *delivery* mientras cortaba la pizza –eso también: ya nunca venía cortada en porciones– y él dijo que no con la cabeza y abrió un vino. Parecía decidido a emborracharse con firmeza, con la esperanza de la anestesia y el olvido.

–Mechí, mamita, ¿qué carajo es esto? –dijo, después de darle el primer sorbo a su copa–. Te juro que yo tenía las pistas de los traficantes, de los fiolos, y de repente las guachas aparecen acá, como si nada, y se cae todo a pedazos. Me arruinaron el laburo de todos estos años. Como si no hubiera sido real. Pero te juro que mi investigación es real, ¡puta madre, no es mía nomás! ¡Fijate hasta dónde había llegado la fiscal!

–¿Ella renunció?

–En eso está.

–¿Y el video de Vanadis?

–Esa pendeja satánica. Lo voy a vender a un programa de tele. Me dan la plata y te juro que me voy a

vivir a Montevideo, a Brasil, ya fue, ya fue. Vení conmigo, Mechí, esto es cosa de mandinga como decía mi abuela.

–El otro día leí algo en Internet que me pareció... no sé, es una pavada.

–No andes tanto en Internet que enloquece a la gente. Pero contame.

–No me acuerdo muy bien, pero es algo así. Los japoneses creen que después de morir, las almas van a un lugar que tiene, digamos, un cupo limitado. Y que cuando se llegue a ese límite, cuando no quede más lugar para las almas, van a empezar a volver a este mundo. Esa vuelta es el anuncio del fin del mundo, en realidad.

Pedro se quedó callado. Pensó en la foto de Guachín con el pecho pegado al pavimento y las piernas partidas en tres partes que había visto en el juzgado.

–Qué concepto más inmobiliario del más allá tienen estos japoneses.

–Mucha gente en un país chico.

–Pero sí, Mechí, puede ser. Puede ser que estén volviendo. Puede ser cualquier cosa, yo no sé más que creer. Anoche fui al Moridero, a la cárcel de Caseros.

–¿Fuiste a buscar a la amiga de Vanadis?

–Sí, bueno... no sé a qué fui. Es al pedo encontrarla ahora, ¿no? Fui a ver qué onda. ¿Y sabés lo que pasa ahí? No hay nadie.

–Cómo no va a haber nadie, si estaba lleno de pibes paqueros, yo pasé varias veces cerca, había gente drogada por todos lados.

–Todos me dicen lo mismo en el barrio, y yo les digo que vayan a ver, como hice yo. No queda nadie. Me

metí de día porque estoy loco pero no tanto, y hay ropa por todos lados, cartones, colchones, hasta un par de carpas, miralos a los guachos con carpas, juna Doite tenían! Algún guacho de clase media hecho mierda. Gente no. Escuché algo, vi una sombra que se movió rápido, me cagué en las patas y me fui.

—Debió ser un perro.

—Qué se yo, puede ser cualquier cosa. En serio que no queda nadie ahí. Como si se hubieran escapado.

Se quedaron callados. Apenas habían tocado la pizza.

—¿Te vas a ir de Buenos Aires?

—No tengo más ganas de estar en esta ciudad llena de aparecidos con toda la gente loca, no se aguanta Mechí, ¿y vos por qué te vas a quedar?

—No tengo un mango.

—Pero yo sí y te presto... nos vamos un tiempo, hasta que pase algo. No soporto esperar, ¿te diste cuenta de que todos están esperando algo? Les van a prender fuego a los pibes. Los van a gasear, les van a mandar a la policía, yo no quiero ver eso. O los pibes van a empezar a atacar a la gente.

—Me parece que vos también estuviste pasando mucho tiempo en Internet.

—Y sí, por eso te digo que enloquece a la gente. Me voy hasta que pase lo que tenga que pasar, y estaría bueno que vengas conmigo.

Mechí se quedó callada y después miró a Pedro. Movía la pierna derecha como si estuviera activada por un mecanismo. Se tocaba tanto el pelo que lo tenía engrasa-

do. No, con Pedro ella no iba a irse a ningún lado. Además, quería quedarse a ver qué era eso que tenía que pasar.

—¿Vas a venir conmigo, amiga?

—No.

—Sos más terca.

—¿Cómo sabés que no pasa en otros lados?

—¡Porque no pasa! Es en Buenos Aires nomás, vos sabés que es acá, te vas a Mar del Plata y ya no hay nada así, no te hagás la boluda.

—No, quiero decir cómo sabés que no va a empezar a pasar en otros lados.

—Sos satánica, Mechí. ¿Qué te imaginás, un plan fin del mundo onda vuelven los muertos vivos? Muchos de esos chicos no estaban muertos, para empezar. Cortala con Internet.

Se abrazaron fuerte cuando Pedro se fue de madrugada. Tenía decidido irse a Brasil, a la casa de un amigo suyo que trabajaba en un diario de San Pablo y al que le encantaría tener a un periodista de Buenos Aires testigo del regreso de los chicos, que, claro, ya tenía fama internacional. Antes de irse, le contó que su jefe le había autorizado las largas vacaciones de cuatro semanas sin pestañear, casi aliviado. Pedro le dijo a Mechí que tuvo la sensación de que el jefe no lo quería cerca. Que le tenía miedo.

Mechi notó en seguida que sus padres estaban un poco ausentes, como la mayoría de la gente con la que se cruzaba, pero que, mientras la ayudaban a acomodar sus cosas en su habitación –la que había sido suya desde niña– también tenían mucha curiosidad por saber más, por averiguar, por preguntarle. Pudo sentir la decepción y un dejo de incredulidad cuando les dijo que no sabía nada, que de verdad estaba tan desconcertada como todos los demás. Los muchachos de la mudanza terminaron de acomodar sus pocos muebles en un galpón del fondo –la casa de sus padres era bien de barrio, en Villa Devoto, hasta tenía una pileta de natación no muy grande, y mucho espacio–. Ahora que estaba ahí, Mechi sintió que era un buen lugar para descansar.

Y quedaba lejos de los parques, eso también era bueno, muy bueno.

La renuncia al trabajo había empezado muy normal, con el jefe del Consejo asegurándole que entendía perfectamente. Era un hombre razonable y parecía sinceramente conmocionado, con ojeras y un derrame en el ojo izquierdo. Cuando fue a buscar sus cosas a la oficina, la situación resultó más extraña. Graciela no estaba, para empezar. María Laura, la otra empleada de mostrador, le dijo con una agresividad incontenible que había pedido carpeta psiquiátrica, que quién sabe si volvía a trabajar, que estaba con ataques de pánico gravísimos y no podía salir de la cama. Pobre Graciela, dijo Mechi. Y entonces María Laura le tiró con un pisapapeles. Mechi lo esquivó por muy poco, y se la quedó mirando: María Laura, con su pelo teñido de un feo color borravino, con la cara furiosa, los dientes salidos, el cuello tenso, una gárgola en una oficina debajo de la autopista.

—¡Rajá de acá porque te mato!

—¡Qué pasa, qué te pasa!

Y María Laura empezó a gritarle desaforada que era culpa de ella, que ella había traído a esa putita, a la negrita esa, ella la había traído del parque esa mañana, Graciela estaba loca por su culpa, y ella también iba a terminar mal por su culpa, pero el tupé que tenés de volver a buscar tus cosas, te las tendríamos que haber quemado, tendrías que estar presa, no sé, vos empezaste eso con esa negra puta, a las dos las tendrían que matar pero este gobierno cagón no hace nada, nada, nada...

Mechi salió corriendo con las pocas cosas que había logrado juntar en su cartera. De todas maneras, no guardaba demasiado en los cajones de su oficina. La-

mentaba dejar el archivo, pero igual no hubiera podido llevárselo, no era suyo, y de todas maneras Pedro le había dejado las fotocopias de algunas carpetas, incluida la de Vanadis, antes de tomar el avión a Brasil. Entendía a María Laura. Había que culpar a alguien y, cierto, ella había traído a Vanadis y así había empezado lo de los chicos que volvían. Lo que sí la perturbaba era que se había sentido en peligro. María Laura hubiera sido capaz de matarla. No lo había hecho solamente porque Graciela apenas estaba un poco loca, y los chicos de los parques no hacían nada, y ella mal o bien todavía estaba trabajando. El pisapapeles, sin embargo, había sido dirigido directo a su cabeza, y le podría haber pegado. Renunciar había sido una gran idea.

Esperó el 134 que la llevaba a Villa Devoto en una esquina frente al parque. Apenas se veía a los chicos, porque esa zona tenía terraplén, y ellos no se acercaban demasiado a la orilla, deambulaban por adentro. Lo impresionante era que, antes, la vereda que rodeaba al Parque Chacabuco era usada por decenas de personas para correr a cualquier hora del día, y entre los deportistas se mezclaban los que salían del subte, que tenía una de sus bocas muy cerca del Rosedal frente a la Avenida, y los vecinos que paseaban a sus perros. Ahora las veredas estaban desiertas, y la boca del subte cerrada hasta nuevo aviso. Ella era la única esperando el colectivo. El chofer pasó el parque al doble de la velocidad permitida, y recién cuando lo dejó atrás volvió a manejar de manera razonable. Mechi se dio cuenta de que era un milagro que le hubiera parado.

Pasó la primera noche con sus padres de manera bastante apacible, salvo cuando ellos se fueron al sillón del living después de comer y encendieron la televisión. Mechi no quiso quedarse, y sus padres se molestaron. No podés evadirte de la realidad, le dijeron, y ella los ignoró y se encerró en su habitación. Sabía lo que ellos esperaban: querían ver, repetido una y otra vez como acostumbraban los canales de noticias, el informe sobre los padres que se habían suicidado en El Palomar después de echar a su hija recuperada a la calle. La chica se había escapado tres años atrás, después de una discusión aparentemente bestial: el padre le había pegado. Cuando volvió —era una de las chicas de Parque Centenario— tenía un párpado hinchado y el labio inferior partido, sangrando, como si los golpes hubieran ocurrido veinticuatro horas antes. Era una chica bajita, de pelo corto y rubio, con un piercing

en la nariz. Mechi sabía lo de los golpes del padre por el archivo, y suponía que los periodistas debían conocer también esa información, pero cuando la chica volvió no la dieron, sencillamente mostraron el encuentro emotivo, y se preguntaron “dónde se habría caído Marisol”. Se lo preguntaron a ella, directamente, que dijo “no me caí” y nada más. No quisieron saber si alguien le había pegado. Para Mechi ese silencio tan selectivo fue la prueba de que tenían el dato de la golpiza del padre y no lo estaban dando porque... claro, porque la golpiza había pasado tres años atrás. Años en los que Marisol había conservado el mismo, exacto, largo y color de pelo que cuando se había escapado.

Mechi a veces temblaba de furia ante tanta cobardía, tanta puerilidad. Quería que alguien empezara a gritar por televisión, que aullara, que dijera “esto es más raro que la mierda, quiénes son estos chicos, quiénes son”.

Ahora lamentaba haber deseado la ruptura del dique de contención. Porque estaba pasando, y la histeria era alta. La madre y el padre se habían acostado en la cama, juntos, con una foto de Marisol bebé entre los dos. Él se había disparado primero, en la sien. Después ella le sacó el arma de la mano, se la metió en la boca y se voló la cabeza. Dejaron una nota que decía lo que tantos padres habían dicho anteriormente: “Eso no es nuestra hija”.

Marisol se fue después de los disparos, los vecinos la vieron salir, y la corrieron con palos y piedras. Uno incluso le disparó de lejos. ¿Había empezado la caza que Pedro le había insinuado? Hasta ese momento, los padres

sencillamente devolvían a los hijos, y si no podían manejar la demencial situación, cuanto mucho eran internados en psiquiátricos, y los chicos volvían a los parques. Los padres tampoco daban detalles de por qué la convivencia había resultado tan insoportable. Se sabía que algunos programas de radio y TV, e incluso diarios y revistas, pagaban por entrevistas con estos padres que devolvían a sus hijos, pero, insólitamente para gentes tan locuaces y familiarizadas con los medios como los porteños, ninguno quiso hablar.

El suicido de El Palomar no había sido el único. Hacía unos días, Mechi había vuelto a entrar en el MySpace de Vanadis, en busca del tatuador. Y había encontrado un nuevo mensaje después de muchos días de silencio. Decía: “te fui a ver pero no sos vos. Vos tenés los dientes blancos de vampira te acordás cómo jugábamos, la que yo vi y no me reconoció es una copia no tiene tu boca pero no me lo banco no me lo banco. Chau vanadis, ¿y si nos vemos mi amor?”.

Ese “y si nos vemos” alertó a Mechi, que cliqueó en el perfil de Cero Negativo. Y no le costó nada deducir por los comentarios de los amigos del tatuador que se había suicidado. Salió de la página cuando se le llenaron los ojos de lágrimas. No podía permitirse llorar por un hombre de 30 años que se había enamorado de una nena de 14. No debía sentir lástima por él. La quería, cierto, pero era un enfermo. Podía, sí, llorar por ella misma. Porque nunca había sentido nada remotamente parecido a lo que el tatuador sentía por Vanadis.

El suicidio de Cero Negativo pasó desapercibido.

Con el de El Palomar, en cambio, empezaron a aparecer voces. Los vecinos de los padres muertos decían que, desde que la chica había vuelto, escuchaban los gemidos de la madre, toda la noche, sin parar. Un carnicero le había preguntado al padre sobre Marisol y él le dijo que estaba todo bien, nada más que la nena estaba muy callada. Todos coincidían en que la chica nunca salía. Otros la acusaban a ella, decían que los padres nunca se hubieran suicidado, que eran creyentes y correctísimos, que esa chica los había matado. Después, la catarata. Otros padres empezaron a contar sus pequeños relatos, sus justificaciones para el abandono después del reencuentro. Mechi no quería escucharlos: de alguna manera le parecía injusto con los chicos. A lo mejor eran monstruos, quién sabe qué eran, pero se merecían cobijo, era injusto que durmieran a la intemperie, como animales.

Eso pensaba de día. Pero de noche, con el sonido lejano de la televisión de sus padres y la fotocopia del archivo bajo la cama, veía la sonrisa de dientes torcidos de Vanadis, pensaba en ese video que nunca había visto —que probablemente muy pronto aparecería en la televisión si Pedro había logrado venderlo— y pensaba que ella tampoco la tendría en su casa, a esa chica quieta de pelo negro y la espantosa sonrisa, esa chica que casi la había enamorado y ahora se le aparecía en pesadillas.

El suicidio de los padres de Marisol y la reacción de los vecinos, que con los días ya pedían linchamientos —o por lo menos ejecución de la chica acusada de asesina— sirvió para que el cambio ocurriera. O más bien el desplazamiento. Los chicos empezaron a desocupar los parques. Se iban en procesiones, en medio de la noche, entre la niebla: el éxodo se hacía en invierno. Cuando marchaban por las avenidas, la gente salía a mirarlos desde los balcones. Alguno gritó un insulto, pero fue silenciado. El retiro era en silencio. Tan silenciosamente como habían llegado se retiraban. Caminaban por el medio de las calles, como si no les tuvieran miedo al tránsito. La policía, por precaución o por no saber qué hacer, cortó el tránsito en las calles principales. Duró varios días. Pedro le mandó a Mechi un *mail* desde San Pablo, donde ahora era el especialista sobre los chicos argentinos que habían

vuelto (Pedro siempre se las arreglaba para que las cosas le funcionaran). El *mail* decía: "Lo vi por la tele. Tenebroso, mamita. Acá están todos enloquecidos, los brasucas no tienen miedo, no son cagones como nosotros, y se quieren ir para allá para ver todo de cerca. Esta gente es distinta, re copada, tenés que venir, te cambian la cabeza. Te decía, ¿sabés a qué me hizo acordar la procesión esta de los pibes? A cuando en París trasladaron los cementerios, a fines del siglo 18. Una cosa re loca. Parece que los cementerios estaban a reventar y eran un foco infeccioso, una mugre total, entonces se decidió mandar todos los huesos bajo tierra y mover los cementerios a las afueras. Mudaron los huesos durante años, de noche, en carros, con caballos con frazadas negras encima para que estuvieran a tono y monjes cantando, y claro las velas. Vos te preguntarás cómo sé esto y es nomás porque de turista re obvio me fui a las Catacumbas cuando tenía guita para visitar Europa!!! Y ahí te explican. Siempre me lo imaginé medio como esto.

Quedé medio obse con eso que dijiste de que los japoneses creen que cuando no hay más lugar para las almas, se vuelven. Los huesos de las catacumbas es medio así, terminaron allá abajo porque en los cementerios no había más lugar. No sé, cosas raras. No tengas pesadillas. Vení a visitarme. No, mejor quedate y contame".

Mechi pensó en los monjes y los huesos, y entendió qué quería decir Pedro. El retiro de los chicos era fúnebre y tenía algo de religioso.

Lo extraño era hacia dónde iban. El primer grupo, el de Parque Rivadavia, marcó la dirección: primero se

separaron y después cada columna se metió en diferentes casas abandonadas. Trescientos chicos se metieron en la casa de la palmera de la calle Riobamba, en pleno centro. Otros trescientos en la esquina del pasaje Igualdad, en el barrio Caferatta de Parque Chababuco, una casa pintada de rosa que perdía su color con el abandono. Tenía una ventana solitaria muy cerca del techo a dos aguas, que cuando los chicos entraron dejaron abierta. El barrio, pequeño y nuevo rico, estaba aterrorizado, pero a los policías, en sus garitas de seguridad instaladas en las esquinas, no se les ocurrió qué hacer, y una vez que los chicos estuvieron adentro, no se atrevieron a intentar sacarlos.

No lo hicieron siquiera con orden del juez.

Tenían miedo. No entendían cómo habían logrado penetrar esa casa. Es que la puerta y las ventanas de la casa rosada –excepto la del medio– estaban tapiadas con ladrillos y los chicos igual habían pasado. Nadie podía explicar cómo. Los habían visto entrar, pero aseguraban que no habían atravesado los ladrillos, no era eso exactamente. Simplemente habían pasado, como si los ladrillos no existieran.

La líder del grupo de Caferatta era Vanadis, que había sido repudiada por su familia dos semanas después de haber sido recibida con alegría, con el mismo argumento que solían dar todas las familias cuando echaban a los chicos a la calle o los depositaban en la puerta de un juzgado, o los devolvían a los parques: esta no es la chica que nosotros conocíamos, esta no es nuestra nena. No sabemos quién es. Tiene el mismo aspecto, la misma voz, responde al mismo nombre, es igual hasta el último

detalle, pero no es nuestra hija. Hagan con ella lo que quieran. No queremos verla más.

Mechi se enteró por el diario sobre Vanadis y la casa rosada. Había una foto de la chica en la ventana del primer piso, asomada, con la boca cerrada y los ojos clavados en el lente de la cámara. Le dio vértigo esa mirada, le transpiraban las manos. Quería ver a Vanadis, quería preguntarle cosas, qué estúpida no haberlo hecho cuando la encontró en las escaleras de la fuente del parque; quería hablar con ella a pesar de que ahora le tenía mucho miedo, porque estaba segura de que la verdadera Vanadis era la del video, una adolescente asesinada por hombres panzones en un hotel mugroso del Conurbano, usada y extermindada, una adolescente que se creía muy callejera y se arriesgaba demasiado confiando en la inmunidad que podía ofrecerle su hermosura.

Había visto el video en la televisión. Pedro lo había vendido con éxito, y le avisó cuándo lo emitirían. El rostro de la chica se veía claramente y era del de Vanadis. Y aunque Pedro creyera que esa chica filmada podía estar viva, Mechi estaba segura de que no. Las últimas palabras del tatuador la habían convencido: en el video la chica tenía la boca entreabierta y se veían los dientes afilados, grandes, agudos, esos dientes de vampira de los que hablaba el tatuador. ¿Podía el tiempo haberlos arruinado? No tanto. No así. Los dientes de la Vanadis aparecida no sólo eran amarillentos: estaban rotos, torcidos. Para Mechi, esa era la prueba de que Vanadis estaba muerta y la chica de la casa rosada no era ella, pero quería verla, quería hablarle, lo necesitaba.

El viaje en colectivo fue extraño. La gente mantenía la distancia, evitaba tocarse, como si los demás albergaran una enfermedad contagiosa. Mechi no le había dicho a sus padres adonde iba. No quería preocuparlos. Había salido apenas con las llaves en el bolsillo, y les dijo que salía a caminar por el barrio inglés, la parte más linda de Villa Devoto. Pero lo que hizo fue correr a la avenida y tomarse el 134. ¿Por qué había corrido? Últimamente sentía que sus padres la vigilaban. Incluso, una vez, mientras dormía, escuchó que cerraban la puerta de la habitación, como si la hubieran estado espiando. Creía que le tenían un poco de miedo. Se estaba acercando el momento de mudarse, de dejar la casa natal otra vez.

El perímetro del Caferatta estaba custodiado: Mechi se podía imaginar a esas familias de clase media que había conocido en sus años de trabajo ahí, debían haber enloquecido directamente, porque no eran capaces de comprender ninguna interrupción a sus cómodas vidas. Sin embargo, los policías la dejaron pasar. Estaban pálidos y temblorosos. Saldrían corriendo a la menor señal rara de los chicos de la casa, Mechi estaba segura. Si eso pasaba, ¿enviarían al Ejército? ¿Los matarían a todos, como había visto pedir a una madre por televisión, una madre que decía que eran como cáscaras, que estos chicos no tenían nada adentro?

A lo mejor. Pero todavía no.

Mechi se paró en la vereda frente a la casa rosada, del lado de la pequeña ventana que seguía abierta. Había sol, era un día helado de invierno, pero despejado, con el cielo de un azul claro enceguecedor. Formó una bocina

con las manos y gritó el nombre de Vanadis. Escuchó vagamente inquietas persianas y puertas en las otras casas, incluso escuchó acercarse al policía, pero no prestó atención, clavó la vista en la ventana blanca, esperando.

Vanadis asomó la cabeza, esa cabeza de diosa centroamericana, Bianca Jagger adolescente, y la saludó con un gesto casi imperceptible. Había reconocimiento en sus ojos oscuros. Mechi quiso hablar pero notó que el temblor y los latidos del corazón no la dejaban decir nada. Respiró hondo hasta que se tranquilizó y pudo decir algo, aunque la voz le salió temblorosa y mucho más aguda de lo normal.

—Hola, Vanadis. ¿Qué hacen ahí, por qué se metieron ahí?

Vanadis no le respondió. Mechi le preguntó cuántos eran, Vanadis dijo que muchos, que no podía saber bien, que estaba oscuro. Le preguntó de dónde venían, Vanadis dijo que de muchos lugares distintos. Le preguntó si quería volver con sus padres, y Vanadis le dijo que no y agregó que ninguno quería. Y después dijo, más alto y claro, como si al fin contestara la primera pregunta:

—Acá arriba vivimos todos.

Y empezaron a aparecer otros chicos, sus caras formando un círculo alrededor de Vanadis. Mechi reconoció a la mayoría, adolescentes y niños, escapados y raptados, vivos y muertos.

—¿Se van a quedar mucho ahí arriba?

Todos juntos, los chicos le contestaron: "En verano bajamos". Mechi sintió entonces que no eran chicos, que formaban un organismo, un ser completo que se

movía en manada. Las manos del policía de la esquina la tomaron de los hombros y Mechi gritó, sobresaltada. Había estado a punto de pegarle pero se contuvo cuando vio que el policía, un hombre de unos sesenta años —¿por qué no mandaban a alguien más joven?— estaba tan asustado como ella, o incluso mucho más.

—Señorita, por favor, retírese.

—No, tengo que preguntarles más.

—No me obligue, por favor —el policía la había agarrado de la cintura y los hombros, y aunque era un hombre mayor, tenía fuerza, la suficiente para arrastrarla lejos de la casa rosada.

—Ya me voy, suélteme —gritó Mechi, pero él no lo hizo y la siguió arrastrando. De las casas vecinas empezaron a escucharse gritos, pedidos de "oficial sáquela, déjennos en paz" y hasta golpes en las persianas. Mechi perdió de vista la casa rosada y de un tirón que la hizo gritar, por el esfuerzo, logró soltarse del abrazo del policía y corrió hacia la avenida Asamblea pensando que se iba a ir lejos antes del verano, antes de que bajaran, a lo mejor con Pedro, a un lugar donde los chicos no volvieran de donde fuera que se habían ido.



Índice

| | |
|---|----|
| <i>Cuando hablábamos con los muertos</i> | 9 |
| <i>Las cosas que perdimos en el fuego</i> | 25 |
| <i>Chicos que vuelven</i> | 43 |